

Un cierto muchacho



UN CIERTO MUCHACHO

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

EDICIONES ESPECIALES

Director: FRANCISCO-MARIO BISTAGNE

Ediciones BISTAGNE - Pasaje de la Paz, 10 bis - Tel. 18551 - BARCELONA

REVISADO POR LA CENSURA

Un cierto muchacho

DELICIOSA NOVELA DE AVENTURAS
AMOROSAS

PRODUCCIÓN

METRO - GOLDWYN - MAYER

DISTRIBUIDA POR

METRO - GOLDWYN - MAYER IBÉRICA, S. A.

Calle Mallorca, núm. 220

BARCELONA



INTÉRPRETES

RAMÓN NOVARRO, MARCELINE DAY,
RENÉE ADORÉE, CARMEL MYERS, ETC.

UN CIERTO MUCHACHO

ARGUMENTO DE LA PELICULA

Una vez había en Londres cierto muchacho, llamado Lord Gerald Brinsley, heredero de una noble tradición, de unos cuantos millones y de una escandalosa fama de Don Juan.

El culto a la mujer había constituido la firme preocupación de su raza. Era legendaria en su familia esa adoración por los encantos de Eva, y repitiendo el nombre de su dama los antiguos caballeros salían al palenque a morir.

Capaz era la dinastía de los Brinsley de dejarse matar por conseguir el beso de una mujer, pero

una vez logrado, no sabían mantenerse fieles. Almas de mariposas, revoloteando junto a la luz del amor, carecían de constancia en sus pasiones y tenían por lema el saber olvidar.

La mujer era para todos ellos un capricho. Las querían sin preocuparse mucho ni poco de su vida; amaban sus almas de modo superficial y sus cuerpos con una ceguera de adoradores.

Producto de esta familia, último vástago de una rama muy humana y galante, era Lord Gerald, tenorio moderno bajo cuyo vestua-

rio impecable y variado palpitaba el mismo corazón frívolo que bajo las cotas de sus antepasados.

El sol de sus conquistas llegaba a todas partes, infundiendo una luz de admiración.

Muchas mujeres suspiraban por él y no vacilaban en elogiarle en los salones y en poetizar sus aventuras, mientras otras, rechazándole exteriormente, sentían en el fondo de su alma una misteriosa inclinación hacia su encantadora persona.

En los círculos mundanos se comentaban con frecuencia los devaneos del Lord. Algunos caballeros se negaban a admitir como ciertas sus conquistas hasta que la realidad acababa por imponerse, haciéndoles ver que no eran vana fantasía aquellas hazañas sentimentales. A menudo se conocían desafíos efectuados bajo la fría luz del amanecer en los alrededores de Londres y en los que siempre la mano segura y firme del Don Juan sabía resultar vencedor.

Se hablaba últimamente de la conquista de cierta rubia que pertenecía a la mejor sociedad lon-

dinense por el atildado y pulcro caballero... Y era el escándalo de moda y la misma exclamación que hacía palpitir todas las almas:

—¡Una más!

—¡Eso es intolerable!...—exclamaba un aristócrata—. Al paso que vamos, será difícil poderse casar...

—¡Bah!—le respondió un amigo con desdén—. Siempre quedan algunas mujeres bonitas a las que no seducen las artimañas de Don Juan.

Lord Gerald Brinsley llevaba algunos días sin aparecer por el Círculo, remanso de tranquilidad donde no se admitían mujeres.

La continuidad es monótona en todas las cosas, aun en la belleza. Gerald necesitaba de vez en cuando apartar de sí la idea de la mujer y recluirse en el Club de elemento varonil.

Eran interregnos breves, de una fragilidad de espuma. Al día siguiente reemprendía el camino de la aventura, con más ansia que ayer y con la fortaleza del descanso.

Se le veía en los grandes tea-

tros, acodado en la barandilla aterciopelada del palco platea, examinando a las hermosas damas que realzaban la función y dirigiendo sus prismáticos con insistencia hacia la que le parecía más apetecible.

—¡Es él!—exclamaban las damas.

Y parecía más interesante su figura que todo lo que ocurría en escena.

Era un hombre delgado, fino, cuidadoso de su persona, con un pequeño bigotillo negro sobre los labios burlones y un monóculo impertinente sobre el ojo izquierdo. Tipo de gentlemán para quien el cuidado físico constituye una verdadera preocupación.

Su último amor era Natalia, la rubia hecha de un jirón de sol, bella y escultural como una figura griega.

Natalia era una muchacha huérfana, millonaria, acostumbrada a una vida de excesiva libertad.

En vano su hermano Jorge Crutchley procuraba evitar sus pasos en falso, sus "flirts" peligrosos en que podía naufragar su reputa-

ción y su honradez. Ella no le obedecía y mantenía el rumbo de su existencia libre y sin obstáculos por donde correr con un desenfreno de galope.

No daba ella tampoco gran importancia al amor. Lo consideraba una de tantas cosas interesantes de la vida, como es interesante y hermoso una nueva joya o un vestido de tisú.

Pero últimamente parecía haberse enamorado de veras de Lord Gerald. Iban juntos con frecuencia; entraban en joyerías y casas de moda, y ella adquiría preciosidades... sin pagarlas.

La maledicencia les apuntaba en su gran libro como amantes. Y las gentes leían con deleite este escrito colectivo.

Para Lord Gerald aquella criatura espléndida y ondulante no significaba más que otro número en una larga relación de guarismos. Un número que desaparecería pronto en el calendario de sus conquistas. La hoja del almanaque que no dejaba huella alguna...

Parecía tolerar con sonrisa de

bondad sus gastos excesivos, la suntuosidad cada vez más recargada de los trajes de Natalia, la interminable relación de sus alhajas...

Todo esto hasta que llegase el

día en que el ídolo se quebrara de un modo definitivo y Lord Gerald, ante la nueva conquista de una mujer, dijera simplemente a la otra:

—¡Basta!

Aquel atardecer, Lord Gerald iba en automóvil con Natalia. Sentía el joven un ansia invencible de bostezar. En su alma comenzaba el ocaso hacia aquel amor con tintes desoladores.

Ella, como si presintiera lo que ocurría a su compañero, se mostraba más insinuante, más gentil, más sumisa que nunca, hallando desconocidos matices en sus palabras de ternura.

—¡Cuánto te quiero!... Seguramente como nunca me querrás tú a mí...

—No lo creas...

—Temo que te vayas a cansar de mí... ¿Y qué haré yo el día en que no me quieras más?

—Puede ser que te enamores de otro.

—¿Y lo dices con esa tranquilidad? Bien se ve que apenas me amas... ¡Ah, chiquillo, si no puedo vivir sin ti!

—Lo sé.

—En castigo por lo que me has dicho, vamos a ir de compras... Chofer, llévenos a casa de Antoine...

Él se resignó al tormento que significa ir con una mujer a comprar trajes o sombreros.

Entraron en la coquetona tienda que poseía Antoine, un afamado modisto francés que ponía en la ciudad de Londres el delicado encanto y la gracia de su país.

Henriette, una dependienta, les hizo los honores y Lord Gerald se la quedó contemplando con deleite, admirado de su hermosura.

Su tipo contrastaba con el de Natalia. Mientras ésta era rubia y delgada, Henriette tenía el cabello negro, era llenita de cuerpo y se movía con una ondulación de palmera.

La estuvo observando largo rato, en tanto Natalia se probaba los distintos sombreros que le mostraba Henriette.

Estaba la rubia ajena por completo al mudo diálogo que sostenían los ojos de la dependienta y del Lord. Se contemplaba en el azogue de un ovalado espejo de plata y se sentía dichosa al verse tan bella.

—¿Has visto nunca un cuerpecito tan lindo?—dijo, sonriente.

Y Gerald, abarcando de nuevo con sus ojos a Henriette, contestó con intención:

—¡Nunca!

Adquirió Natalia unos sombreros, ordenando que los enviasen a su dirección particular.

Lord Gerald, siempre clavando su mirada en la empleada, dejó sus guantes sobre el respaldo de un sillón y luego, dando el brazo a Natalia, se alejó...

La modista pareció comprender...

Ya en la calle, Gerald rogó a Natalia se sirviera dispensarle. Tenía que ir a efectuar unas visitas urgentes, cosas de compromiso... Una familia amiga de su casa que celebraba una fiesta.

—Hasta mañana, querido. Pero no me olvides, Gerald. Yo pensaré en ti durante toda mi ausencia...

—Ya me hago cargo...

Besó la perfumada mano de la inglesa, abrió la portezuela del automóvil y Natalia se acomodó en su mullido interior. Cerró otra vez y dió al chofer una dirección.

—Adiós, Gerald... y que seas bueno...

—No lo dudes...

Cuando la vió partir, respiró con un deleite de libertado. Y dando vueltas a su bastón, volvió a entrar en casa de Antoine.

Iba de una esclavitud a otra esclavitud, de una mujer a otra, pero eso era el símbolo de su vida... No podía vivir sin ellas... a pesar de que en el fondo, con la superficialidad de todo Don Juan, nin-

guna acabara por interesarle demasiado...

Henriette parecía ya esperarle y le sonrió con sus hermosos ojos picarescos.

—Me dejé mis guantes.

—Sí... ya lo he visto.

—Soy muy descuidado. Sobre todo cuando hay una mujer bonita a la que volver a ver.

—¡Gracias!

—¿No digo la verdad?

—No lo creo...

—Es usted tan humilde como arrebatadora.

—Si le oyese hablar así la señora que le acompañaba...

—Nada me une a ella. Soy libre... para decirle a usted muchas cosas... agradables.

Llamaron al teléfono. Antes de que Henriette pudiera ir al aparato, una aprendiz tomó el auricular.

La jovencita acercóse a Henriette y le dijo:

—Su marido la llama.

—¡Ah!

La sorpresa hirió al Lord. ¿Por qué tenía que estar casada aquella mujer? No por eso él dejaría de

conquistarla; pero siempre se corren menos riesgos tratándose de una muchacha soltera... Ahora era preciso evitar al marido y sus posibles consecuencias.

Henriette se echó a reír, como si no le importara que hubiera descubierto su situación, y avanzó lentamente hacia el teléfono.

—¿Qué quieres?—dijo ella.

—Henriette—contestó el marido—. Esta noche no iré a casa... Mi amo me necesita.

—¡Ah, bien!

Y agregó con los ojos clavados en el aristócrata:

—¿De modo que tendré que permanecer sola toda la noche?

—¡Claro!

—Bueno... bueno... adiós, maridito... ¡Si vieras cuánto lo siento!

En sus ojos había una mezcla de encantadora tristeza y picardía. Acercóse lentamente a una mesa y pasó varias veces su lengüecita de fuego por los labios.

—No se ponga triste, muchacha—dijo Gerald—. Si usted quisiera, esta noche... podríamos vernos...

Hizo ella, mujer casquivana y con la cabecita a pájaros, una leve expresión afirmativa y, abriendo un pequeño bolso, sacó una cartulina y la dejó sobre la mesa.

Luego, riente, se alejó...

Leyó Lord Gerald aquella tarjeta que llevaba el nombre de Henriette y las señas de su casa.

¡Magnífico! El reino de las mujeres frívolas no parecía acabarse... Iría allá... a su casa... aprovechando la ausencia del marido... Y en su imaginación flotaban ya escenas apasionadas, de escalofrío y de vértigo.

—¡No he perdido el tiempo!— exclamó.

* * *

Parsons, el ayuda de cámara de Lord Gerald, le ayudaba a vestirse. Era una operación importante la de hacerle el nudo de la corbata, ponerle el impecable frac sin una arruga, calzarle los zapatos...

—Parsons—le dijo sonriente—. Hoy conocí a una muchacha lindísima... pero tiene marido..

—No le preocupe esto, milord—contestó—. Es probable que él se lo merezca.

—No le conozco. Debe ser un estúpido.

Contemplóse ante el espejo, se puso una gardenia en el ojal del frac y, satisfecho de su presencia, se alejó, canturreando una canción, hacia la conquista del amor.

Parsons y Wair, otro criado, le acompañaron hasta el recibidor.

Parecían escoltar al general vencedor en la batalla amorosa.

—Puedes irte esta noche, Parsons. Aunque te había dicho que te quedases, no recibiré las visitas que esperaba... Les he telefoneado que no vengan... No volveré hasta muy entrada la madrugada.

—Gracias, milord. Mi mujer estará contenta.

Iba ya a salir cuando consultó las señas de la tarjeta de Henriette. Las retendría bien en su memoria. Luego entregó la cartulina al ayuda de cámara y le dijo:

—Parsons, registra el nombre de mi nueva amiguita en el libro.

—¡Ahora mismo, señor!

Porque Lord Gerald llevaba cuenta y razón de todos sus asuntos de Don Juan.

Hacía balances, comparaba estados, establecía relaciones entre sus conquistas de los años anteriores y el presente, y resumía con honda satisfacción el estado de su negocio, viendo que seguían cotizándose de modo preferente sus acciones en la Bolsa del Amor.

Parsons fué al despacho de su amo para apuntar en un libro de tapas doradas otro asiento de la original contabilidad.

Al leer la tarjeta abrió desmesuradamente los ojos y tuvo que apoyarse contra la mesa para no caer fulminado.

¡Henriette! ¡Su mujer!

Estuvo unos minutos inmóvil, aletargado, vencido por una honda conmoción. Sus manos temblaban y dejó caer la acusadora tarjeta.

¡Su Henriette!

¡Todo el ligero castillo de su felicidad se venía abajo con estrépito y violencia!...

Lo que él no quería creer nunca, tenía ya una realidad firme y consistente.

Era imposible seguir cerrando los ojos, como el avestruz que no

quiere saber lo que ocurre a su alrededor.

Al abrirlos se había hundido de repente toda la ilusión de su alma.

¡Ah, Parsons había llegado al matrimonio después de cumplir sus cincuenta años! No llevaba ya a él el fuego de la juventud, pero sí el rescoldo prometedor de un cariño apacible.

Se había enamorado de Henriette, muchacha ligera y frívola, de alma tornadiza y vulgar.

La joven, obligada por su madre, acabó por acceder a los deseos de Parsons, antiguo amigo de la casa, y contrajo matrimonio.

No había sentido por él el menor amor, esta era la pura verdad.

No dió Henriette importancia alguna a aquel casamiento, y fué más importante para ella su empleo de dependienta en la tienda de modas que su misión de esposa en el hogar.

El pobre Parsons, empleado como ayuda de cámara de Lord Gerald, no iba mucho a su casa y tenía que pernoctar en el palacio del noble.

Y Henriette, alma de escasa preparación moral, fué aprovechándose de aquella forzosa libertad y cultivó el "flirt", bordeó el peligro..... y aun pereció en él.

No le faltaban ocasiones. Sabían los hombres que era presa fácil y caían sobre ella con un temblor de embriaguez.

Duraban poco estas pasioncillas; Henriette parecía recobrar su equilibrio espiritual, para volver a perderlo al cabo de algún tiempo.

Parsons sospechaba... Pero se preguntaba qué iba a ser de su vida sin aquella mujer a la que amaba a pesar de sus infamias... Y no quería saber... y escondía la cabeza como el avestruz...

El día en que tuviera una plena certeza de su infortunio, aquel día era hombre muerto.

Se recluía en la torre de la ignorancia, feliz por no conocer. Si hubiera husmeado un poco, si hubie-

ra rascado tras la dorada y aparente capa de la realidad, no hubiese tardado en salir a la superficie la dolorosa amargura de la podredumbre interior.

Y he ahí que de repente se quebraban los cimientos de arena de su dicha, y bastaba una simple tarjeta para hacerle abrir los ojos a su infortunio de burlado.

Le engañaba... y el amante era Lord Gerald, su señor, de quien recibía el pan de cada día...

Recordaba las palabras de él: "Hoy he conocido a una muchacha lindísima." Era seguro que Gerald ignoraba en realidad quién era aquella mujer... Tal vez dentro de breves minutos...

¡Oh! Esta idea le torturó el corazón, y, estrujando con ira la tarjeta, se puso el abrigo y el sombrero y salió en dirección a su casa para sorprender el adulterio.

* * *

Lord Gerald, ignorante de las consecuencias que podía tener su fácil aventura, había llegado al domicilio de Henriette.

Ella le esperaba ya, inquieta, febril, procurando acallar la voz del remordimiento que no acaba de enmudecer nunca en el alma de la mujer pecadora.

Arregló coquetonamente la habitación, cambió las flores de la mañana por otras recién compradas y frescas... y perfumó los almohadones de una chillona cama turca.

—¡Qué puntual eres, querido!—exclamó ella al verle entrar.

Y se lanzó a sus brazos.

Se besaron largamente; ella con mayor pasión, con más extremado vigor que el mozo, frío a pesar de

todo en sus transportes amorosos.

Henriette destapó una botella de buen vino rancio, llenó dos copitas y bebieron.

—¡A tu salud!—exclamó él, entrecuchando su copa con la de la amada.

—¡A la tuya!

—¡Qué curioso!—dijo el Lord paladeando el dorado vino—. ¡Es mi licor favorito!

—Mi marido se lo saca al estúpido de su amo.

—Pues hay que convenir que es hombre de gusto.

Se sentaron en un diván. Ella miraba a su compañero con ojos seductores y un poco melancólicos.

—¿Por qué te he hecho venir? Apenas te conozco de nada y...

—Ya no podríamos querernos

más de lo que nos amamos ahora, Henriette—le dijo él—. ¿Por qué esperar? Eso de que aumenta el cariño, no es verdad... Se quiere siempre como el primer minuto de conocernos...

—¿Me querrás mucho tiempo?

—Hasta que te canses...

Se besaron otra vez, preludio gracioso... sinfonía...

De repente se oyó el rumor metálico que producía el dar la vuelta a una cerradura. Y se escucharon pasos.

Ella, dominada por la fuerza pasional, no se movió, pero Lord Gerald arqueó las cejas, alarmado.

¿Quién podía ser?

—¿No oyes?

—¿Qué?

—Pasos.

—Es verdad... ¡Debe ser él!... Una gran lividez cubrió sus mejillas.

—Pero...

—Sí... mi marido.

Parsons entró en la habitación... Los amantes se levantaron.

El esposo sonrió tristemente, y Lord Gerald le contempló con asombro, creyendo estar soñando.

¡Su criado allí, en aquella casa! Por un momento pensó que tal vez venía a darle algún recado urgente.

—¿Tú?—dijo con voz pálida.

—¡Es mi mujer!—respondió el sirviente con apagada voz.

Lord Gerald bajó los ojos.

Era uno de los momentos más graves en que se había encontrado en su vida. ¡Seducir a la esposa de su criado!...

Pero no perdió la serenidad; pronto se rehizo de la sorpresa y sus labios se plegaron con una sonrisa alegre.

Miró a Henriette, que temblaba en un rincón, temerosa de una catástrofe, y luego dirigió los ojos a Parsons.

—Parsons—dijo con tranquila expresión—, creo que no sabes por qué estoy aquí.

—Sí... y no...—respondió el criado.

—¿Se lo digo?—preguntó sonriente a Henriette.

Ésta, que ignoraba aún qué clase de relaciones existían entre el seductor y el marido, respondió afirmativamente.

—Pues vas a saberlo, Parsons... mi buen criado...

Los ojos de Henriette pestañearon... Entonces... todo lo comprendió. ¡Qué dolorosa coincidencia!

—Parsons, has sido siempre tan leal y tan fiel para tu señor... que he venido a preguntar a tu mujer cómo premiarte...

Interrumpióse para ver el efecto que causaban sus palabras. Ella y Parsons estaban inmóviles, impasibles...

—Y hemos decidido—agregó, sonriente—que toméis un mes de vacaciones juntos por mi cuenta...

El marido se estremeció... Aquella burda excusa le pareció algo injurioso que ponía sobre su deshonra la mofa grosera y despiadada.

Tuvo que contenerse para olvidar que allí era un inferior... Sintió tentaciones de estrechar el cuello de aquel joven y apretar, para que no se volviese a oír nunca aquella voz que seducía a las mujeres.

Se limitó a envolverle en una

mirada de desprecio. Cogió el abrigo y la chistera del Lord y se los entregó.

—Haga el favor...—le dijo, abriendo con energía la puerta.

Lord Gerald sonreía desdeñosamente. Le echaba de aquella casa como a un huésped importuno...

Y era su criado, su ayuda de cámara... No había querido creer en la excusa, y se jugaba el empleo.

Movió los hombros con indiferencia y se alejó, después de sonreír a Henriette.

—Parsons, tienes una mujer encantadora—le dijo, sonriente, al salir—. ¡Cuídala bien!

Cuando hubo marchado, Henriette, temerosa, se acercó al marido:

—Debes comprender, Parsons... Él ha venido únicamente para hablarme de ti...

—Sí... ya lo sé...—exclamó, sollozante.

Se dejó caer, abatido, en una silla...

¡Qué gran dolor el de su alma! Aceptaría aquella versión oficial...

pero ya no serviría más a Lord Gerald... ni quería volver a verle.

Incapaz de vengarse, buscaría otra colocación y seguiría como un ser sin alma al lado de aquella mujer que no le había querido nunca,

pero de la que le era imposible separarse.

Y se echó a llorar, comprendiendo que en una sola noche acababa de perder la fe en la esposa y el seguro pan de cada día.

* * *

Lord Gerald llegó a su casa de profundo mal humor, tras el fracaso de su aventura y las derivaciones que ésta podía llevar.

Luego, poco a poco, fueron desvaneciéndose sus temores, y pensó que nada podía ocurrirle.

Parsons no volvería más, y él pensaba olvidar para siempre a Henriette, visión efímera de un momento.

Por fortuna había muchas mujeres para sustituirla, si no con ventaja, con perfecta y adorable igualdad.

De pronto entró en su cuarto la rubia Natalia.

En vano el criado Wair había querido detener a la señorita. Ella, empujándole rudamente, conse-

guía penetrar hasta la propia habitación del Lord.

—¿Qué haces aquí a estas horas?—protestó Lord Gerald, sorprendido—. ¿Cómo te atreves a venir a casa sin telefonear antes?

—No te enfades por esto, querido... Es que ya sabes que los minutos me parecen días cuando no estoy a tu lado... Y como no te veía desde la tarde...

—Ya es un plazo largo, ya.

—¿Te molesta que haya venido?

—No, mujer. Pero a estas horas puedes comprometerte.

—No debemos temer a nadie.

Se besaron. Él fumaba un cigarrillo y contemplaba a su amada con cierto aburrimiento.

Era pegajosa la niña, no dejándole vivir ni a sol ni a sombra.

—Siempre temo que me engañes—decía ella—; que aproveches las horas que no estás a mi lado para ir con otras mujeres.

—Pero ¿qué idea tienes tú del tiempo, chiquilla? Si no me dejas libre ni una hora.

Y se reía pensando que ella no iba desacertada en sus sospechas... y recordaba el episodio de Henriette.

A eso se llamaba apurar la vida, beberla todos los días sin dejar ni una gota.

Cuando más acaramelados estaban en su entrevista, escucharon una voz varonil y se levantaron aturridos por la sorpresa.

Lord Gerald alzó los ojos al cielo. ¿No iban a acabar aquella noche los desagradables visitantes?

—¿Quién está ahí?—preguntó.

—Reconozco su voz... Es mi hermano... Y tiene un genio terrible... ¡Escóndeme, por Dios!

—Esto es el colmo. ¿Ves a qué conducen tus imprudencias?... Co-

rre... Ocúltate en este cuarto, detrás de la cortina.

Apenas Natalia se escondiera, entró un caballero de aspecto enérgico y ojos desorbitados.

—¿Qué desea usted?—preguntó el noble.

—Abreviemos, Lord Gerald. ¿Dónde está mi hermana Natalia?

—¿Qué diablo me pregunta usted a mí? ¿Es que cree que soy su preceptor?

—No se burle usted... Yo sé que ella está aquí...

—¡Búsquela pues, idiota!

Abrió todas las puertas, buscando a la mujer.

Lord Gerald se sentó ante una mesa y bebió una copita de licor, prescindiendo absolutamente de aquel inoportuno.

Una misteriosa confianza le hacía sonreír, confiando en que no se descubriría Natalia.

Y de modo providencial para ellos, así fué. No cuidó el hermano de descorrer aquella breve cortina, tras de la cual, temblando, estaba la casquivana mujercita.

—Señor—dijo el Lord con una sonrisa tranquila—, debería a usted darle vergüenza el pensar mal de una dama como su hermana Natalia.

—Es que usted no la conoce como yo.

—¿Por qué piensa esas cosas?

—Tengo motivos... Puede ser que me equivoque, pero no lo creo.

—¿No comprende que aquí no está su hermana? ¿Qué va a decir Natalia si se entera de que usted la buscó en mi casa? ¿No se da cuenta de lo que eso significa, de la torpe suposición que está usted ahora amparando?

El hombre se dió por vencido. Natalia no estaba allí. Además, las palabras del Lord eran tan sinceras, rebosaban tanta calma, que no podían provenir de un culpable.

—Tiene usted razón—dijo—. He sido un imbécil.

Sonriente, Lord Gerald afirmó... Era simpática la sinceridad de aquel hombre y su reconocimiento.

—Mándeme usted, querido—le dijo, tendiéndole la mano.

—Le ruego me perdone la molestia.

—Excusado.

—Y no se lo diga a Natalia.

—Por mí no lo va a saber...

Le despidió hasta la puerta, correspondiendo con gentiles reverencias a los saludos de cumplimiento de aquel pobre hombre.

Cuando le vió alejarse lanzó un inmenso suspiro de satisfacción, viéndose libre del peligro.

Wair le miró, muy angustiado.

—Lo siento, milord. ¡No pude detenerlo!

—Por fortuna me he librado de él... Pero... dame el abrigo y el sombrero... Y habla en voz muy baja... Me voy al Casino... Cuando me haya ido, díselo a la señorita.

—¡Perfectamente, señor!

—¡Ay, Wair! ¡Dichoso tú que no haces caso a las mujeres... No quiero saber nada más de ellas... Complican nuestra vida... y la aburren.

Descendió lentamente la gran escalinata y se encontró de nuevo en la calle.

La noche era tibia y dulce.

Anduvo con calma, saboreando la quietud y la paz nocturna, sólo turbada, en las calles silenciosas del discreto barrio donde él vivía, por los avances súbitos de los automóviles.

¡Qué hermoso era vivir siendo libre... sin Natalias, ni Henriettes ni ninguno de los nombres más o menos bellos que habían enriquecido su colección de amante caprichoso!

Y, mientras tanto, Wair llama-

ba a la señorita Natalia, que no osaba salir aún de su escondite, y le comunicaba con delicadezas de diplomático que Lord Gerald había tenido que salir con precipitación para un asunto importante.

La joven se enfureció.

—No es manera esa de despedirse. ¿Por qué no vino a decirme adiós?

Y el temor a ser olvidada hizo estremecer la hermosa escultura de su carne rubia.

* * *

Gerald entró en el espléndido Casino donde se reunía la "élite" de la sociedad londinense.

Fué atravesando una inacabable sucesión de salones, decorados con riqueza y al propio tiempo con artística sobriedad.

Unos eran salones de juego, otros estaban adornados por atributos de caza, algunos por hermosas pinturas que convertían aquel trozo de círculo en un museo permanente.

Encontró rostros conocidos, cabezas que se inclinaban para saludarle y al propio tiempo le observaban con una mirada burlona.

Sentóse en uno de los confortables y mullidos sillones del salón de lectura. Fué hojeando algunas revistas, que dejó con indiferencia

desdeñosa, aburriéndole su texto.

Comenzaba a sentirse cansado de su existencia de aventurero rico y halagado por las damas elegantes.

Deseaba encontrar algún sitio donde fuera impedida la entrada de la mujer, y por un momento envidió a los enclaustrados que en la silenciosa paz de su convento pasan los años sin las excitaciones del mundo.

Luego, sonriente, contempló a varios camaradas que leían en el salón y a los que no preocupaban demasiado las conquistas femeninas. Éstos sí que eran los perfectos dichosos, los que entendían la vida probando su verdadero sabor.

Solteros como él, no se atormentaban en la continua idea de los

encantos y seducciones femeninas, y, cuanto más, la intervención de las Evas eran episodios sin trascendencia en su vida.

Y en cambio él...

Las mujeres eran su deporte, el diario alimento de su vida física y moral; y, sin embargo, comenzaba a sentir el cansancio de la repetición.

¿Dónde hallar un sitio en que les estuviera vedada la entrada a esas criaturas enamoradas, absorbentes, dominadoras, enloquecedoras, infernales, divinas?

Para endulzar su mal humor, llegó un "groom" y le entregó una tarjeta. Era de una de sus conquistas, un nombre elegante, una casada divorciada que pretendía un sustituto.

Lanzó Lord Gerald un suspiro de melancolía. Otra más... En aquel rosario pagano había cuentas de todos colores.

Se echó a reír al volver a leer la cartulina en la que una mano femenina, con letra moderna, había puesto la ilusión de una cita.

Momentos después recibía otra tarjeta. Leyó fatigado los cortos

renglones de una escritura de mujer que pedía una entrevista.

Se llamaba Carlota y ésta era una de sus aventuras que habían bordeado la tragedia.

Unos meses antes había tenido un "flirt" seguido de mayor intimidad con aquella criatura, viuda de un antiguo embajador en un país exótico, mujer peligrosa y terrible en sus amores.

Lord Gerald llegó a sentirse interesado por ella, por el perfume de cosa lejana que envolvía su persona, por la atracción irresistible de su conversación, preñada de recuerdos y de escenas interesantes.

Por sus pintados labios, pronto pudo saber Gerald que Carlota no había sido, en la época en que vivió su esposo, ningún modelo de fidelidad conyugal. Más de uno y de dos oficiales y diplomáticos tuvieron que ver con la embajadora, que, atormentada por el aburrimiento de una existencia sin diversiones, hacía servir al amor como distracción capital.

Gerald no daba mayor importancia a este escabroso pasado. Su interés y seducción hacia ella eran

una cosa relativa, que acabaría pronto, al nacer una nueva aventura o escuchar el latido de otra pasión que despertase.

Un día se presentó un oficial inglés que llegaba de los países indios y estuvo a visitarle.

En pocas palabras comprendió Gerald que se las había con uno de los amantes de la antigua embajadora que, al quedar viuda ésta, pretendía ahora una prioridad en sus derechos.

Venía en son de guerra, y su voz cortante y agresiva no produjo a Gerald más impresión que la de unas enormes ganas de reír.

Habían llegado a oídos del oficial determinadas noticias que relacionaban el nombre de Carlota con el de Gerald, y deseaba enterarse de su fundamento.

Lord Gerald, con risueña tranquilidad, confirmó en un todo aquellas sospechas.

¿Por qué negar, si era una realidad fehaciente? Y se complació en ver la palidez que se apoderaba del oficial a medida que iba adelantando en su confesión.

Indignado el militar, le exigió

una rectificación completa de su conducta, y, al negarse Lord Gerald, le abofeteó y quedó concertado un desafío.

Nunca fué el joven conquistador a un duelo con aquel ánimo valeroso, con tal ansia de herir como aquella vez.

Fué en una quinta de los alrededores de la capital inglesa donde una mañana sin sol tuvo lugar el desafío.

En la cercana casa se había preparado una habitación para el que quedase herido, y un médico depositó en ella un arsenal de instrumentos y de algodón en rama.

La cosa iba a ser seria.

Los dos floretes se estremecían, echaban chispas de luz al ponerse en furioso contacto.

Uno de los aceros bien templado y vibrante penetró de pronto en el cuerpo del oficial y volvió a salir con la hoja teñida esta vez en sangre.

Cayó el adversario de Lord Gerald gravemente herido. Y el joven pudo volver a Londres con una aureola de invencible y de valiente.

Por fortuna, su enemigo no murió. La muerte es mala recomendación para los conquistadores femeninos. Se enajenan en tal caso la mayoría de las simpatías de las mujeres que pecan en silencio y odian la exhibición.

Restablecido su rival, éste embarcó de nuevo para países asiáticos, llevando en el alma un profundo desengaño.

Todavía Lord Gerald continuó durante algunas semanas sus relaciones con Carlota, hasta enfriarlas por completo, acabando por no acudir a ninguna de sus citas.

El rompimiento era absoluto. Supo después que la ex embajadora mantenía nuevos "flirts" con otros gentiles y despreocupados caballeros.

Y ahora aquella nueva cita de amor "en recuerdo de aquellos lejanos días"...

¡No, no! Todo esto estaba terminado para siempre. No quería saber nada más de Carlota ni volver a sus aventuras del pasado.

Le invadía el hastío y sentía una nostalgia de viajar, pero sin hallar mujeres a su paso...

¿Y cómo hacerlo, si era imposible para él librarse de su influencia, a menos de permanecer sin moverse de casa, en un aislamiento interior y doloroso para su alma juvenil?

A veces pensaba que para substraerse al fatal dominio de todas las mujeres el mejor remedio era una sola mujer.

Una mujer bien amada, distinta de las demás, ungida por todas las gracias de la fantasía poética, una mujer para llamarla esposa...

Pero ¿es que existía realmente ese tipo maravilloso de novela que él no podía encontrar entre la arcilla del vivir?

Él veía a su alrededor mujeres fáciles, prontas al halago de la sirena de la tentación; esposas que olvidaban sus deberes de lealtad, hijas que se alejaban del hogar para correr el mundo por su cuenta...

¿No sería un verdadero desdichado si encontrase una mujer como éstas? ¿Qué haría él si se viera en el caso de que su legítima esposa diera oídos a un burlador?

El éxito y la facilidad con que

se conquista a las mujeres conduce al escepticismo, a la dolorosa creencia de que no existe la lealtad.

Por eso Lord Gerald no se casaba, con el temor de que le sucediera lo que pasaba a muchos maridos...

Sin embargo, si encontrase a una verdadera mujer...

Al fin y al cabo, él sólo conocía una parte selecta exteriormente, pero podrida en el fondo, del alma femenina. Él desconocía a las verdaderas mujeres, a las joyas que no son más que para el legítimo dueño, que ni se empeñan ni se venden... Tal vez si las tratase...

Vió de pronto entrar en la sala a su amigo Hubert, prototipo del hombre corto de alcances que, por fortuna para él, había nacido rico. De lo contrario, de haberse tenido que abrir paso con el esfuerzo propio, no se hallaría en ese Club mundano, sino ocupando un ínfimo lugar en la categoría social donde los primeros puestos están siempre reservados a los audaces.

Por fortuna la Providencia había sido generosa con él y, si no

le dió talento, le dió dinero, y acaso el propio Hubert no hubiera ganado con el cambio. Que en esta vida moderna se apreciaba más a veces el dinero que el talento...

Todo lo contrario de Lord Gerald, no se le conocía aventura alguna de amor. Pasaba el tiempo en diversiones inocentes y modestas, y eran sus debilidades la caza menor y la pesca.

Pero, al propio tiempo, con la admiración que produce siempre el contraste, era fervoroso amigo de Lord Gerald. Gustaba que éste le hablase de sus galantes recuerdos y gozaba con sus detalles como si él fuera el propio protagonista.

Lord Gerald sonrió al verle y le saludó con su acostumbrada cordialidad. Este hombre era feliz, ajeno por completo a que las Evas poblaran el mundo.

Enfrascóse Hubert en la lectura de un "magazine" de moda. Al parecer tenía pocos deseos de hablar.

Gerald contempló los tres billetes amorosos que tenía en la mano y, tomando una determinación,

los rompió en pedazos, echándolos al cesto de mimbre.

—¡No quiero saber nada más de mujeres!—dijo en voz alta.

Levantó Hubert la cabeza y le preguntó:

—¿Tan mal resultado te dieron?

—Dichoso tú que nunca las conociste.

—Estoy orgulloso de ello.

—Voy viendo que tenías razón. ¿Por qué amarlas? ¡Oh! Tengo unos deseos locos de marcharme de Londres, hacia el campo, en un lugar donde esté la escondida senda del recogimiento.

—Ven conmigo.

—¿Te vas de Londres, Hubert?

—Me voy a Bretaña a pescar.

—¡Caramba! ¿Y hay mujeres?

—¡No!... Ellas son aficionadas a otra clase de pesca...

—Pues, chico, ¡voy contigo!

—¡Magnífico, Gerald!

Y Hubert, entusiasmado por la determinación de su compañero, comenzó a hablarle de las ventajas de aquella playa de Bretaña, donde se podía pescar de todo.

Lord Gerald le oía con ligero disgusto, que se fué acentuando a medida que su amigo entraba en detalles técnicos sobre el modo de pescar las truchas.

Viendo que no le hacía caso, Hubert se levantó con una mueca de disgusto en los labios.

—Bueno, hasta luego... Voy a ver si encuentro alguien que sepa de pesca—le dijo.

Y marchóse con un gesto de dignidad ofendida y contemplando por encima del hombro a aquel profano compañero que ignoraba el valor que podía tener un anzuelo.

* * *

Con la alegría del preso que va a recobrar su libertad y prepara su petate, el moderno Don Juan arregló sus maletas y mundos, voluminosos como un equipaje de mujer.

¡Si con él iba media tienda de sastrería, de zapatería, de camisería, de sombreros!...

Un hombre "dandy" que se las echa de terror de maridos y mujeres debe ir bien provisto de un elegante bagaje. Son sus armas de coquetería, así como los perfumes discretos y varoniles.

Llegaba a llamar la atención en las aduanas, y hasta algunos celosos empleados quisieron hacerle pagar dobles derechos, extrañándoles que para el ajuar de un hom-

bre solo fuera preciso tan surtida colección.

A la manera del escritor portugués Eça de Queiroz, que tenía tan loca pasión por las corbatas que cuando llegó a Nueva York con un baúl lleno de ellas los aduaneros pretendieron hacerle pagar importantes derechos de arancel, pues "no comprendían que un hombre solo llevase tantas cintas de colores sólo para su uso", así Lord Gerald había tenido que prometer varias veces bajo su palabra de honor que a nadie más que a él pertenecía su ajuar.

Terminado el arreglo de sus cofres, dió las instrucciones oportunas a su criado Wair y se dirigió a la estación.

Wair quedaba como único encargado del hermoso caserón de los antepasados del Lord, aquel refugio amable y bello de todas las galanterías del pasado y del presente.

Parsons, el marido burlado, no había vuelto por allí. No le extrañó a Gerald su conducta.

Había sido aquello una fatalidad del destino, pues si el joven tenorio hubiera averiguado que Henriette era la legítima esposa del fiel mayordomo, se habría abstenido de aceptar su cita.

No pensaba ocuparse más de ella. Así como tampoco de Natalia. Quería borrarlas por entero de su memoria, echándolas al abismo del olvido, como esas piedrecitas que se lanzan al mar y no vuelven a resurgir nunca.

¡Qué inmensa alegría experimentó el joven al sentir el entrecoque de hierros del freno, el suspirar de la máquina como si tomara alientos para la próxima y veloz carrera hacia la costa!

Luego en el buque al atravesar el canal y después en el tren por campos de Francia...

Libertad, libertad, parecía que repetía el convoy en su choque rítmico y monocorde... Y nunca en ningún viaje había experimentado el joven libertino aquella ansia de vida nueva, de sangre nueva que corría por sus venas como una ablución limpia y sagrada.

Era una mañana soleada y la luz extendía su hermoso manto sobre los campos verdes y húmedos, enjoyándolos con su brillo.

Aquellas tierras tenían una alegría de primavera, como si vistieran un ropaje de contento al sentir el arañazo de la fecundación.

Lord Gerald arrellanóse en uno de los magníficos butacones de su departamento y desdobló las hojas de un periódico, leyendo indiferente lo que pasaba en Londres, como cosas de un mundo al que no pensaba volver.

Su compañero Hubert prefería pasear por el pasillo, asomado a la ventanilla del tren, contemplando lo más cerca posible la suavidad del sol de Francia...

De pronto escuchó Lord Gerald unos breves pasos. Alzó los ojos y tuvo que bajarlos para contem-

plar la insignificante causa de aquel rumor.

Era un perro bulldog, de baja complexión, pero de hocico arrugado y feroz, cual si pretendiese hincar los dientes en el elegante terno del Don Juan.

Lord Gerald nunca había formado parte de la Sociedad protectora de Animales; así es que miró con cierto temor e indiferencia al can de alarmante mirar.

Y como si el perro comprendiese la enemistad de aquel caballero, olvidando las formas de la buena educación, arrojóse contra el galán, mordiéndole en el pantalón con un deseo de poner de manifiesto la robustez de sus pantorrillas.

—¡Maldito perro!—rugió el joven.

Y sin perder la serenidad, lo apresó por la piel y lo levantó en alto, con el brazo estirado.

La bestia lanzaba peculiares ladridos de protesta.

Lord Gerald vaciló entre lanzarlo por la ventanilla a que fuera a tomar el sol y arrojarlo hacia el pasillo y cerrar después la puerta para que no viniera a importunarle más.

Se mostró caritativo y, para bien del can y evitar al propio tiempo litigios con el dueño, optó por su última determinación.

—¡Vete!—gritó—. Estoy seguro de que perteneces a alguna Eva. ¡Puah!

En aquel preciso momento, en el umbral de la puerta, apareció una mujer...



—¿Has visto nunca un cuerpecito tan lindo?



— Hasta mañana, querido...



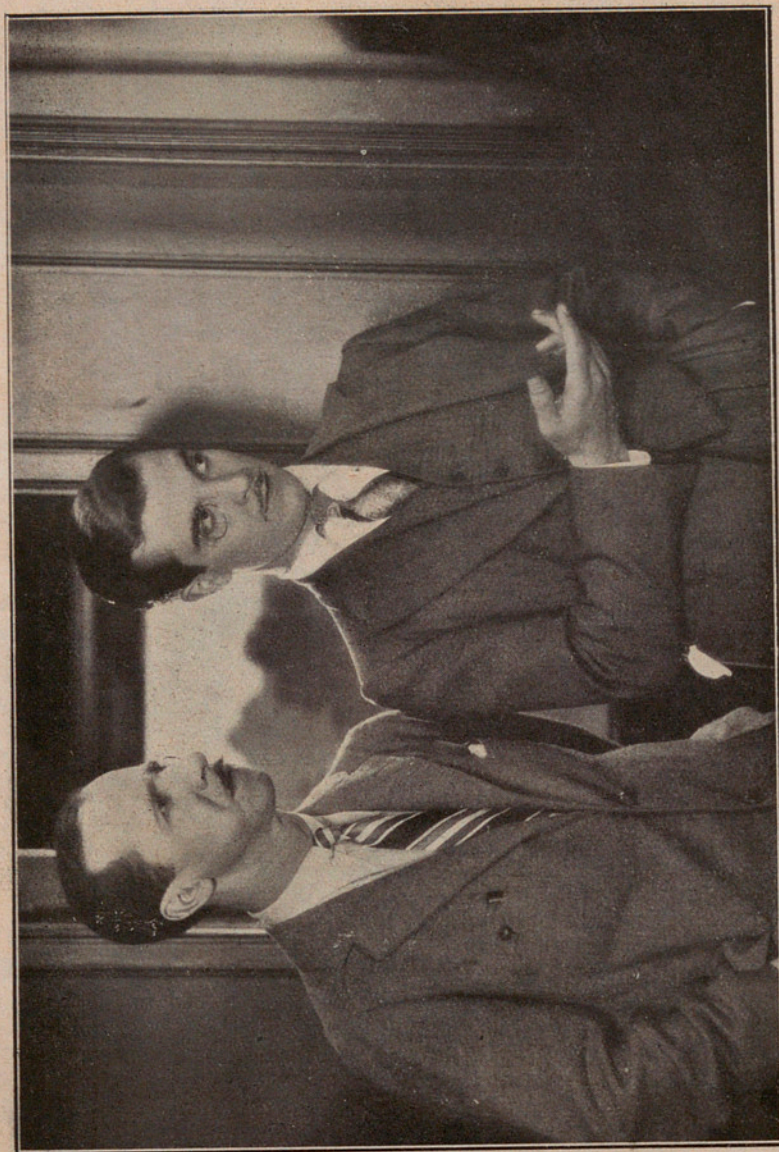
— ¿Me querrás mucho tiempo?



— No debemos temer a nadie.



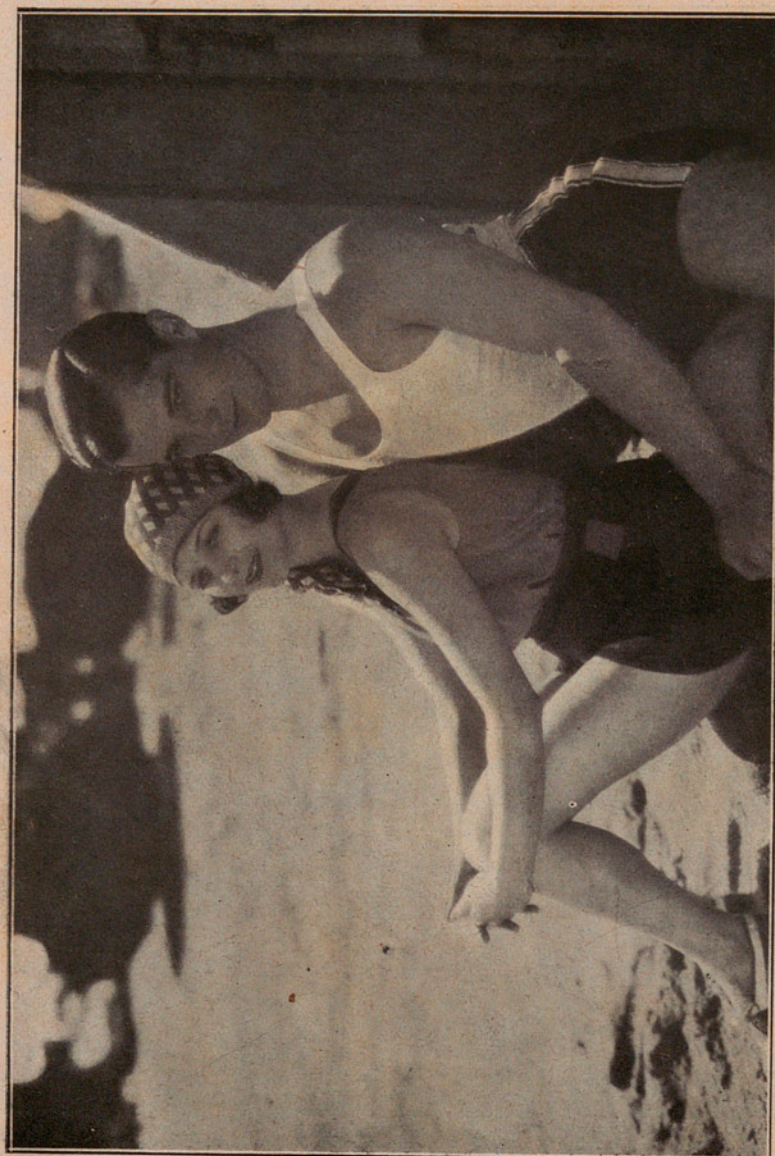
Volvieron al departamento.



... no tuvo otro remedio que presentarle...



—¿Vamos a nadar?



— Usted tuvo la culpa de lo ocurrido, Mary.

* * *

Lord Gerald pestañeó al contemplar a la linda criatura que tenía delante, esbelta como una palmera, de una blancura de luz.

Instantáneamente bajó el brazo y mostró el perro a la desconocida.

—¿Le molestó el perrito?—dijo ella, sonriente y cogiendo al bulldog y llenándolo de besos.

—¡Oh, no... señorita!... Me gustan mucho los perros...

¡Oh fragilidad del pensamiento humano!... Había bastado la presencia de una de aquellas criaturas que le dominaban, para parecerle hasta encantador aquel perrito. Y al propio tiempo en su alma, de modo instantáneo, se levantaba un altar hacia la nueva diosa...

La abarcó en una rápida mirada

de conjunto y quedó satisfecho de la armonía de aquel cuerpo femenino donde todo tenía un encanto fresco y matinal.

El propósito de no volver a tratar a ninguna mujer se desvanecía ante la nueva creación de la belleza que se ponía ante sus ojos. Seguramente de haber aparecido ante él Henriette, Natalia o alguna de las otras amigas, las hubiera rechazado en mala forma; pero esa nueva criatura le producía un aturdimiento casi infantil.

Escucharon unos pasos que avanzaban rápidamente hacia allí.

—Es el revisor—dijo ella—. Me van a poner una multa por viajar con perros. Lo tenía oculto en una caja y se me ha escapado...

—Escondámoslo, señorita... Que

el revisor no lo vea. No quisiera que usted perdiese su perrito.

—Muchas gracias. Le gustan a usted los perros, ¿verdad?

—Me encantan... Especialmente si son de usted...—dijo, resignado.

Sentáronse, poniendo al bulldog bajo el mullido asiento y ocultándolo con cómica gravedad.

Apareció el revisor, quien pareció olfatear la presencia del prohibido animal.

Lanzó una ojeada al departamento como si buscara a la bestia cuyos ladridos habían llegado hasta él.

La joven y Lord Gerald le miraban en silencio, prontos a la defensa.

—Perdóneme, señor —dijo el revisor—, pero he oído a un perro.

—Simplemente... lo que ha oído usted es un fenómeno vocal—contestó Lord Gerald, riendo.

—No comprendo...

—Estaba yo imitando a un perro para divertir a la señorita. ¿Ve? Así: ¡Guau, guau!

Y con perfecto dominio de la

voz perruna, lanzó unos cuantos guau, guau maravillosos.

Ella y el revisor lanzaron una carcajada.

—¡Muy bien... muy bien!... ¡Cualquiera se hubiera confundido!—exclamó el empleado.

Y salió moviendo la cabeza en señal de protesta contra aquellos jóvenes aristócratas que tenían la manía de imitar a los animales... Unas veces al perro y otras a bestias de mayor tamaño y más significativas...

—Muchas gracias—dijo la joven, sonriente—. Le estoy muy reconocida.

—¿Qué no haría por usted? Si usted me lo ordenara sería también capaz de imitar a un hombre serio.

—¿No lo es usted ya?

—Sólo a ratos. .

—Es lástima.

Y sus ojos grandes y rasgados le envolvieron de modo furtivo con una mirada cálida.

—Creo que al lado de usted me convertiría del muchacho frívolo que soy en un hombre capaz de

muchas cosas para agradar a usted.

—¡Oh! ¡Si yo no pido nada!

La muchacha había vuelto a coger al perro y le acariciaba el fino y rubio pelambre.

En aquel preciso momento apareció Hubert que, con las manos en los bolsillos y harto de contemplar el panorama, volvía a reunirse con su compañero.

Abrió estúpidamente la boca al ver a Lord Gerald, el hombre que huía de las mujeres, hablando con una hija de Eva. Pero ¿qué locura era aquella?

Calándose el monóculo, observó a la damita y luego levantó las espaldas con gesto de desdén.

—Muy bonito... muy bontio... Lo siento... lo siento...

La joven le contempló con aire de burla y cubrióse la boca con las manos para no estallar en una carcajada.

¿Quién era aquel bicho raro?

¿De dónde había salido?

Y volviendo a echarle una ojeada de desprecio, salió del departamento, seguida de Lord Gerald

que no se resignaba a perder su amable compañía.

Anduvieron un rato por el alfombrado corredor, contemplando el paisaje azul y verde a través de los biselados cristales.

Una extraña inquietud, un profundo interés se apoderaba del joven conquistador.

Aquella mujer le parecía diferente de todas las demás conocidas. La totalidad de las que fueron a él eran mujeres en cuyo rostro se notaba ya la huella de dureza que pone el vicio, o el remordimiento en las caras más pintadas y que mejor disimulan. En cambio, esa criatura tenía una suavidad de rocío, una humedad de amanecer en toda su persona y en el reflejo de su cutis.

Volviéron al departamento, contemplando antes con precaución si el otro amigo se encontraba allí. Hubert se había marchado.

—Bueno, señor...—dijo ella tendiéndole la mano—. Muchas gracias por todo...

—¿Se va usted ya? ¿No quiere estar en mi compañía?

—Perdone, pero me esperan...

Iba a salir cuando apareció un caballero de unos cincuenta años, de aspecto simpático y distinguido.

—¿Qué haces aquí, hija mía?— preguntó con correcta expresión.

—¡Oh, papá! Gracias a este señor no me han quitado el perro... Le presento a mi padre... el señor Hammond. El señor es...

Vaciló. Lord Gerald se dió cuenta de que no había dado su nombre.

—Lord Gerald Brinsley—dijo.

Se estrecharon las manos con afectuosa cordialidad y estuvieron hablando unos momentos.

Supo Lord Gerald que aquella familia era norteamericana y que la joven se llamaba Mary.

Hubiera proseguido sus investigaciones de no haber entrado otra vez, siempre inoportuno, el joven pescador Hubert.

Mary ahogó una carcajada. Aquel hombre de facha ridícula le producía una constante hilaridad.

Gerald, aun a regañadientes, no tuvo otro remedio que presentarle a los americanos, y el pescador saludó de modo ridículo y frío a

aquellas amistades que le hacían poca gracia.

—¿Y adónde van ustedes?— preguntó Gerald.

—Vamos a Biarritz—dijo el señor Hammond.

—¡Qué coincidencia!—exclamó el joven inglés dando muestras de profunda alegría. ¡Nosotros también vamos a Biarritz!

—Pero...

Hubert le envolvió en una mirada furiosa y al propio tiempo le dió un fuerte pisotón como advirtiéndole que se equivocaba.

¿A Biarritz? ¿Es que se había vuelto loco? ¿No iban a Bretaña?

Gerald agregó, tal vez para calmar la excitación de su amigo:

—¿Saben ustedes si se puede pescar en Biarritz?

—Sí... En Biarritz se pesca mucha merluza—contestó Hubert a tiempo que sentía que su camarada le daba también otro pisotón.

El americano y su hija se despidieron. Tenían un departamento reservado.

Al marchar, Lord Gerald murmuró al oído de Mary, mirándola

con ojos en que flotaban expresiones cariñosas, de emoción, de declaración de amor:

—Espero ver al perrito... en Biarritz.

—Tal vez...

Y la sonrisa de ella fué un deseo de afirmación.

Cuando se alejaron, Hubert increpó a su amigo:

—Pero creí que íbamos a pescar.

—Íbamos... pero no vamos.

—Esto es el colmo de la informalidad.

—Si no quieres acompañarme...

—No debo dejarte solo, pues pienso que vas a acabar haciendo nuevas locuras. Te acompañaré.. porque no pierdo la esperanza de llevarte pronto a Bretaña.

Y quitándose el monóculo lo echó contra el suelo en un ademán de furor.

¡Diablo de mujeres, que tuercen nuestra vida y mandan sobre los itinerarios de los viajeros!

* * *

Biarritz, hermosa playa donde se pesca de todo... desde una merluza a una mujer...

Elegante playa besada por el azul bravío del Cantábrico, que recibe también el beso perfumado de sus compañeras españolas.

Flota en ella un mundo venido de todas partes, con la cartera bien repleta como pasaporte.

Ciudad internacional con el mismo sello cosmopolita de las otras playas de moda, ciudad frívola donde todo es un pasatiempo... y amor, promesas, fortunas, pasa todo...

A tal hermosa ciudad habían llegado Lord Gerald y su compañero.

Hubert estaba enfurecido. Úni-

camente su deseo de pescar le hacía más tolerable su estancia.

Con su larga caña de ingenuo pescador y su amplio sombrero de paja para librarse del sol, iba todas las mañanas a la playa, sin haber podido conseguir pescar ninguno de aquellos traviesos peces que parecían mofarse de él y del toscos anzuelo.

Por su parte, Lord Gerald se encontraba en el mejor de los mundos. En el viaje a través de Francia había hablado de nuevo con Mary, intimando con ella de modo cada vez más cordial y afectuoso.

Por primera vez en su vida, no experimentaba ningún deseo pecaminoso junto a su compañera. Más

bien le imponía cierta serenidad mística, de adoración y de éxtasis.

Y el famoso conquistador, averzado a no ver en las mujeres otra cosa que su simple belleza carnal, sentía que esa hija de la América del Norte le causaba una impresión de timidez, de apocamiento, y la contemplaba con una ingenuidad de estudiante.

¿A qué obedecería aquel cambio que la sola presencia, la sola conversación de Mary le producía?

Llevaba ya varios días en Biarritz y apenas se había separado de la joven, que, a su vez, parecía corresponderle con suave amabilidad de criatura que apenas conoce el mundo.

Una de las mayores ilusiones que sentía Lord Gerald al hablar con la extranjera era su ingenuidad, su dulzura de criatura que salió hace poco del internado y que desconoce esas mallas de maldad, de tristeza y de pecado que unen a tantos hombres y mujeres.

Ella era diferente; era como un ángel caído por error en la tierra.

Lord Gerald lo confesó un día a su amigo Hubert:

—Mary me va gustando cada día más. Te lo prometo. Es una maravilla.

—Te han gustado tantas mujeres, que no viene de una, ¿verdad?

—Es que a ésa la quiero de modo diferente. Tú no puedes comprender... ni yo lo comprendo tampoco...

—No quieras hacerte el santo, que todos nos conocemos bien.

Un día Lord Gerald, al mirarse en el espejo, se encontró afectado y ridículo con su monóculo y su bigotillo negro como una raya de tinta.

No vaciló en afeitarse y arrojar lejos de sí aquel cristal innecesario y antipático.

Al volver aquella mañana a pisar la playa se sintió más alegre, más de la época moderna. Los jóvenes no usaban ya monóculos. Había una mayor despreocupación y, por encima de esos cuidados afeeminados de los Petronios a los que Lord Gerald había sido tan aficionado, imperaba el cultivo del músculo, de la cultura física, del deseo del deporte que robustece a las generaciones y las da al propio

tiempo una gran pureza interior.

Cuando Mary vió a Lord Gerald con el rostro rasurado y limpio se echó a reír alegremente, encantada de aquella transformación, pues como buena norteamericana quería que los hombres fuesen pulcramente afeitados.

—¿Dónde está su bigote?

—Ya no lo verá usted más.

—¿Y no tiene usted miedo de coger un catarro?

—No, si no llueve.

—Pues ha tenido usted un buen acierto. Me parece usted ahora... un compatriota.

—Esto me hace feliz, querida Mary... Pero, ¿vamos a nadar? El mar está hermosísimo, convida a sumergirse en él...

—Primero corramos por la playa, ¿no le parece?

—Encantado de correr.

Quitáronse los albornoces y comenzaron una carrera atlética por la arena.

Ella, con su persona minúscula y débil, daba muestras de verdadera fortaleza, corriendo ágilmente sin cansancio y sin que su hermoso rostro, de una blancura ro-

sada, experimentara los efectos de la fatiga.

Lord Gerald, no avezado a aquellos ejercicios, respiraba intensamente, pero hacía esfuerzos de resistencia para no aparecer con desventaja.

Por fin se detuvieron en su carrera cerca de una caseta de baños, y Lord Gerald, sonriente, abrazó a su amiga.

—¡Chiquilla! ¡Qué cansancio!

Y sin que ella pudiera evitarlo, el inglés, como si reviviesen en su alma sus ansias de Don Juan, la besó en los labios.

—¿Qué es eso?—exclamó ella, entristecida.

—¡Oh... no sé... perdóneme!—dijo aturdido y comprendiendo que toda su delicadeza anterior acababa de borrarse de un modo súbito ante aquel impulso atávico.

La joven se sentó en la playa. No parecía, a pesar del beso tomado a la fuerza, muy disgustada por ello.

Lord Gerald acomodóse junto a ella y le dijo, un poco tranquilizada ya su conciencia:

—Usted tuvo la culpa de lo ocurrido, Mary...

—¿Yo?

—Por ser demasiado bonita.

—Eso no es verdad... y tampoco le autorizaba a hacer... lo que hizo.

—Obré mal; pero, después de todo, no soy más que un hombre, con todas las debilidades de los humanos.

—¡Pobre Gerald! ¡Qué lástima ser tan débil!—dijo, sonriente.

—¿Me perdona?

—Sea; pero esta vez... y ninguna más.

Y, riendo con una alegría de juventud espléndida y radiante que se ve adornada por las galas del amor, levántose Mary y lanzóse al mar, nadando maravillosamente como una sirena.

Lord Gerald metióse también en el agua... y la siguió... pero sin alcanzarla.

Ella huía, sonriente, esquivando, contenta de su triunfo, de su ligereza, de su agilidad física sobre él... Y Lord Gerald, desde lejos, le decía:

—¡Oh, Mary! ¡Es imposible competir con usted!

* * *

El "flirt" fué avanzando triunfalmente. En el alma de Gerald parecía nacer una nueva personalidad, como si huyesen para siempre los recuerdos de su pasado turbio, de su mala conducta con las mujeres, a las que había rendido como esclavas a los pocos días de conocerlas.

Ahora, tras el único episodio del beso, un lazo de delicadeza ataba a los dos jóvenes, pero no se había vuelto a repetir la caricia.

Él respetaba a Mary como no lo había hecho con ninguna mujer... Como hubiera podido respetar a su madre y a una hermana, si las tuviera... Era un sentimiento nuevo y desconocido que al propio tiempo le llenaba de felicidad.

El millonario americano señor Hammond dejaba hacer... Conocía la ternura que comenzaba a unir a los muchachos y, hombre prevenido, había pedido a Londres determinadas noticias sobre qué clase de personalidad era Lord Gerald.

Los Hammond eran gente poderosísima en su tierra, donde se les consideraba como a una de las mayores fortunas.

Hammond había levantado su riqueza con su propio esfuerzo, comenzando por ser un miserable obrero de una fábrica y pasar las horas ante un torno con un trabajo monótono y abrumador.

Pero poco a poco había ido sacando de aquella terrible existen-

cia sin porvenir. No se resignaba él a ser como sus compañeros, cuyas perspectivas eran limitadas y tristes, pensando como único remedio de poder mejorar de condición, en el esfuerzo de un cataclismo social que subvirtiera el orden de las cosas.

No, Hammond no creía en que la sociedad debía mejorar su estado y arrancarle la blusa de obrero para vestir el traje del señor, sino que pensaba que era preciso el propio esfuerzo para poder mirar con ojos ilusionados a la vida.

Y así lo hizo. Y del torno pasó a otra sección, y de allí a contra-maestre, y a jefe de departamento, hasta adquirir pleno conocimiento del negocio.

Y, espíritu ahorrador, consiguió reunir un pequeño capital a costa de esfuerzos y de economías milagrosas.

Llegó la guerra y, con otro amigo suyo que también sentía como él deseos feroces de independencia, se asoció para montar una máquina. Y tras ella vinieron otras y el negocio fué ampliándose con la se-

guridad matemática del que todo lo tiene calculado.

Pocos años después encontróse rico. Había inventado una nueva fórmula de acero, de mayor consistencia y vigor, y esto le abrió de par en par las puertas de la fortuna.

Todo lo tuvo entonces. Riquezas... amores... la alegría de la abundancia y la satisfacción moral de que uno se lo debe todo a sí mismo.

Así había acabado por ser una primera potencia en el país del dólar, donde los hombres no tienen tiempo para sonreír, y trabajan... trabajan... para hundirse definitivamente o alzarse con arrogancia de gigante, como un faro de triunfo.

Hammond fué de esos.

Casado, enviudó al año de la boda, y su mujer le dejó una niña.

Durante el año de su matrimonio Hammond no fué muy feliz. Se había unido a una criatura frívola, que todo se lo encontró ya hecho al nacer, una muñeca de placer que sólo pensaba en las joyas y en las diversiones.

Le duró poco esa embriaguez de lujo, que la pobre mujer amaba tal vez con aquella locura porque presentía que tenía que morir.

Pero a pesar de que su carácter no armonizaba con el de ella, Hammond la recordó siempre con dulce melancolía, y todo se lo perdonaba porque le había dado la joya más bella e interesante del mundo: una hija, linda como un rosal.

La niña se educó en un colegio con una cultura sólida, moderna, deportiva, pero que, al revés de la de muchas de sus compañeras, no excluía tampoco el culto literario y artístico, sin el cual nunca será suficientemente hermoso un corazón de mujer.

Su adolescencia triunfal coincidió con el amplio desarrollo de sus facultades intelectuales, y fué a la par una mujer bonita e inteligente.

Una verdadera perla que las gracias de la juventud revistieron de delicada pomposidad.

Mary fué pronto cortejada por la innumerable serie de adoradores que surgen a la caza de toda

millonaria. El alma bondadosa de la niña acogió con indiferencia a esos enamorados de un día que juraban presentirla desde que nacieron.

—¡No te enamores de lo imposible!—le decía su padre.

La joven no sentía la más ligera muestra de amor por ninguno de aquellos muchachos.

La corte de pretendientes continuaba y tras unos derrotados, venían otros, iniciados en la lucha, que eran igualmente vencidos.

El señor Hammond consideró oportuno librar por una temporada a su hija de la constante e interesada persecución. Y propuso un viaje a Europa que al propio tiempo le serviría a él de distracción, de remanso en su avasalladora existencia de trabajo.

Palmoteó ella de júbilo al enterarse del viaje y se sintió la mujer más feliz de la tierra al cruzar el mar en el hermoso paquebote.

También durante los días de navegación se iniciaron algunos leves "flirts" que tenían una brevedad encantadora. Estos amagos de declaración no le molestaron, sino

que parecieron ser como lamparillas encendidas rendidas a su belleza.

Visitaron Francia, Italia, Alemania, Suiza... Se llevaron la emoción impresionante de estos países tan distintos, y el señor Hammond se hizo a sí mismo una confesión dolorosa. Le parecía que, de haber nacido europeo, sería aún el triste trabajador de la fábrica, pues veía cosa difícil levantarse por el propio esfuerzo en una tierra de desigualdades sociales.

Mary, en cambio, tuvo que reconocer que no había elegancia como la de Europa, con excepción de algunos países, vestidos siempre a la antigua, gente vigorosa y rubia sin el don de la seducción.

Después de permanecer algún tiempo en Inglaterra, pasaban la temporada de baños en Biarritz. Desde allí se dirigirían a un puerto español o al Havre para embarcar directamente de regreso a la patria.

Y he ahí que el amor que para Mary fué invisible en Norte América tomaba forma real, plástica y bella en las tierras de Francia.

Y Mary iba sintiéndose cada día envuelta más y más en la seducción embriagadora del cariño... y Cupido jugueteaba en su alma y le mostraba Lord Gerald Brinsley como al ídolo soñado que venía "a encenderle los labios con su beso de amor" como el galante caballero de la princesa de Rubén Darío.

* * *

En días sucesivos fué estrechándose la malla de sus afectos. Iban siempre juntos, y como vivían en el mismo hotel Palace, se encontraban también a las horas de comer.

Entretanto, el pobre Hubert olvidaba sus melancolías pescando; y como encontrase a tres o cuatro bañistas tocados de la misma inocente manía, pronto formaron juntos una especie de peña que con las largas cañas de pescadores mataban las horas en una posición inmóvil.

Lord Gerald era atraído de modo poderoso por la gracia alada y juvenil de la americana... Y si amaba el esplendor de aquella belleza bien formada, adoraba con no menos intensidad la tierna frescura de su alma "más blanca que el lirio"...

¡Ah, el famoso tenorio! Las mariposas aventureras, las flores errantes que pueblan todos los casinos le asaeteaban con sus sonrisas y miradas, deseosas de intimar con aquel joven soltero y millonario.

Se llevaban chasco en sus anhelos. Parecía que no le importase el mundo exterior y fuera sólo Mary y lo que la rodeaba lo único que apetecía la voluntad del mozo.

Todas las mañanas iban a la playa. Tras la diaria sesión de gimnasia tomaban el baño.

Después realizaban excursiones a caballo, corriendo velozmente por los cercanos bosques, llenándose de su perfumado ambiente y respirando sus auras bienhechoras en el impulso veloz de la carrera.

Por la tarde jugaban al tenis o al golf... Y estos juegos modernos eran pretexto para permanecer siempre unidos, mirándose a los ojos y estremeciéndose cada vez que voluntaria o involuntariamente sus manos se ponían en contacto.

Después de cenar y también durante la cena bailaban y eran entonces las miradas más ardientes, más insinuantes las palabras, más cálida y segura la expresión. Y el señor Hammond, a quien no pasaba inadvertida de ningún modo esa simpatía creciente, entornaba los ojos y sonreía de modo enigmático...

De un momento a otro esperaba noticias de Londres. Entonces sabría si Lord Gerald era realmente un verdadero gentlemán, un caballero impecable con quien se podía confiar a ciegas, o si era un aventurero, como le había deslizado al oído un compañero de hotel, hablándole de lances y de escándalos casi inverosímiles...

Entretanto, dejaba hacer... Confiaba en el temple de acero del alma de Mary y sabía que nada de-

bía temer en menoscabo de su dignidad.

Lord Gerald se mostraba con el "futuro" suegro con una corrección y una amabilidad incomparables... Tenía cierto temor de que llegasen a su oído noticias acerca de su pasado, aumentadas al pasar de unos labios a otros, haciendo verdad la eterna historia de la bola de nieve.

En Biarritz se jugaba fuerte. Tarde y noche en los grandes casinos rendían adoración al azar aquellas gentes ricas, exteriormente felices, pero melancólicas y tristes por dentro, con un dolor de renunciación.

Ha dicho Anatole France que los jugadores juegan como los enamorados aman, como los beodos beben, necesaria, ciegamente, bajo el imperio de una fuerza irresistible. Lord Gerald constataba todas las noches esta afirmación contemplando los rostros duros y pálidos de los que tentaban la fortuna.

Bajo las grandes arañas de cristal, se alineaban las mesas de la ruleta que estaba en juego conti-

nuamente, haciendo crisar los nervios de los que se agrupaban a su alrededor. En otras mesas se jugaba a las cartas; pero la expresión de los jugadores era la misma: penosa y amarga en su mayoría, con algunos jirones alegres que pronto se apagaban bajo la fuerza de las sombras.

Lord Gerald era mujeriego, pero tenía sobre el Don Juan clásico una indudable ventaja. No era jugador. Nunca le había tentado ninguna carta, ni la bolilla mágica y absorbente, ni esos caballos del azar que brindan por igual la riqueza y la ruina. Pero, en cambio, sentía la fuerza magnética de acercarse a los jugadores y percibir aquellas intensas y embriagadoras sensaciones que les embargaban.

No pensaba poner nunca una moneda sobre el tapete verde; sabía que si lo hacía una vez ya nunca más se libraría de tal pasión, de esa fuerza trágica e implacable. El juego es todavía más seductor que el amor, porque en el juego, como decía un gran novelista, se experimentan en breves momentos

las diversas pasiones que las almas normales y sosegadas necesitan toda su larga vida para percibir.

Iba a los salones con Mary y su padre, y admiraba a aquella colección de hombres vestidos de frac, de mujeres hermosas y semidesnudas que, correctos en apariencia, no procuraban ocultar las desastrosas y variadas impresiones que les causaban las veleidades de la fortuna.

—¡Me dan lástima!— decía Mary, con dulce ansiedad.

Como frecuentaron durante algunos días las naves de este templo del Azar, lograron conocer pronto a algunos de sus oficiales.

Supieron de historias melancólicas, de vencimientos espantosos, de naufragios en el gran mar de la existencia.

Había jugadores empedernidos que tenían su sede en Montecarlo, pero no vacilaban en orar ante las otras capillitas del veleidoso dios que se esparcían por la tierra.

Llevaban en el cerebro un verdadero arsenal de datos, de combinaciones, de experiencias para ganar... y casi siempre perdían. Pero



— Ha hecho usted cambiar mi manera de ser.



— ¡Te quiero!



— Entonces, se lo diré esta noche.



—¿Por qué viniste aquí?



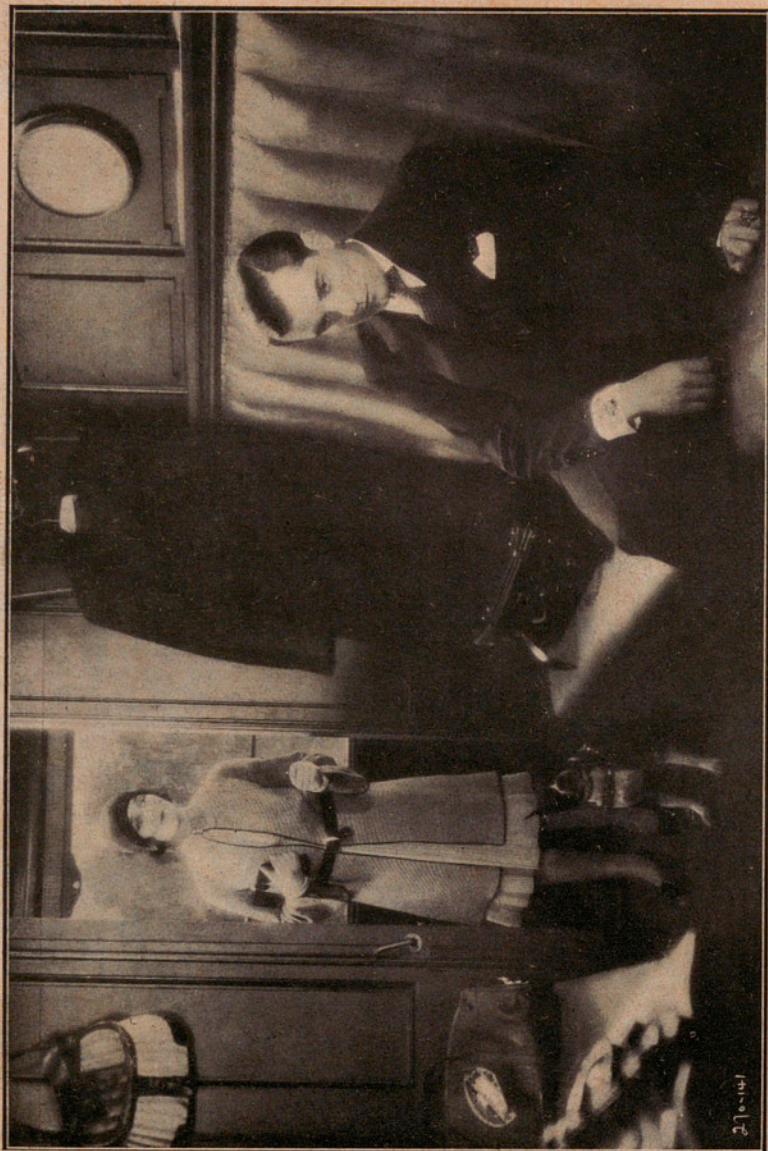
—¡Es la primera vez en mi vida que estoy enamorado!



Ella, ¡escuchaba temblorosa...



El viaje era monótono...



— ¡Gerald, amor mío!

U N C I E R T O M U C H A C H O

se mantenían por un verdadero milagro a flote, y cuando parecía que se hundían definitivamente en la miseria, la ruedecita mágica se compadecía de ellos dándoles un beneficio.

Una gran duquesa rusa, arrojada de su patria por la revolución, era asidua concurrente a la sala de juego.

Habiendo podido salvar sus innumerables joyas en el éxodo, las iba dejando en el tapete verde de los casinos mundiales. De sus manos, como de una mina milagrosa, aparecían perlas de grueso tamaño, brillantes de maravillosas facetas, piedras preciosas de los más bellos colores... Jugaba estas joyas soberbias que electrizaban los ojos de los nuevos ricos.

Y perdía siempre... Y ella, imperturbable, todas las noches seguía jugando y el puño de su mano se abría mostrando perlas del tamaño de avellanas y brillantes de deslumbrante intensidad.

Mary, que conocía su historia, miraba a la pobre mujer con una melancólica compasión.

La rusa era todavía espléndida

a pesar de sus cincuenta años que ocultaba de modo diabólico...

¿Qué iba a hacer esa pobre criatura el día que su mano apareciera ya desnuda de mineral? La racha de la adversidad seguía persiguiéndola de modo abrumador y triste.

¿Cómo acabaría la mujer que conociera el lujo y la suntuosidad cuando perdiera el último jirón de su fortuna?

Y Mary adivinaba como epílogo una gran tragedia en la que la muerte violenta y cruel fuera la protagonista.

Como contraste con la mala suerte que perseguía a la moscovita, se sentaba al lado de ésta otra mujer a quien la fortuna favorecía con caprichosa abundancia.

Se trataba de una muchacha de unos veinticinco años, separada de su marido en circunstancias bien dramáticas... El esposo la abandonó durante el mismo viaje de bodas, sintiéndose atraído por una aventura que encontrara en cierto casino de la Costa Azul... Y desde entonces, la hermosa criatura ultrajada por aquel acto vandálico se había dedicado al juego, pis-

cina de voluptuosidad donde nadan tantos desesperados...

El azar se compadecía de ella. Ya que la vida le había negado amor, no le rehuía la fortuna... Y ganaba, cada noche más... cada noche un poco más... Se había enriquecido de súbito y tenía una alegría casi feroz en los ojos al verse dueña de tan importante caudal.

Eso le permitía una vida libre, de soberana independencia, de máxima satisfacción de todos sus anhelos, poniendo a su alrededor una valla de púas, una cerca de desprecio para cuantos hombres quisieron asaltarla. Les odiaba. En su marido concretaba su repulsión hacia el sexo varonil. Hubiera querido triturar a todos los hombres pisándolos con recio galope de amazona.

Mary la compadecía también... Si era tan afortunada en el azar, ¿por qué no retirarse a tiempo antes de cansar al dios inconstante y tornadizo del éxito?

¡Ah, indudablemente perdería alguna vez, y, pobre y sin amor,

su vida iba a ser un espantoso suplicio!

La gentil americana consideraba el vicio del juego como uno de los más espantosos, pues el que cae en él es como si fuera marcado por un tatuaje imborrable...

¡Y eran tantos los esclavos de ese dios! Jóvenes y viejos, hombres y mujeres contraían con ferocidad sus rostros en los que se reflejaba la contrariedad, o sonreían con suspiros insultantes para los que seguían perdiendo.

Mary era feliz al ver que Lord Gerald no sentía el anhelo de tocar una carta ni apostar unas monedas a la ruleta. Y esta superioridad moral sobre los que no podían contenerse, le indujo a mirarle con más viva simpatía, pareciéndole un modelo de hombres...

Y Lord Gerald, comprendiendo el cariño que iba aumentando en aquella mujer, tomó una determinación.

Era preciso declararse de una vez y de modo definitivo.

* * *

Una noche se celebró un gran baile de gala en el hotel Palace. Era uno de los más importantes de la temporada y hasta algunos jugadores dejaron aquel día su pasión para concurrir a la fiesta.

Lord Gerald bailó siempre con Mary. Le emocionaba el suave contacto de esta criatura angelical, suave como la pluma, cuyos ojos llenos de ternura parecían ser las ventanas de un alma de bondad.

El corazón del antiguo tenorio estaba transformado. Ni él sabía cómo había llegado a aquel cambio de carácter, a aquella evolución inconsciente que varió de modo total las facetas de su espíritu.

Pero ahora su pasado le producía un ligero tormento y hubiera

deseado no tenerlo nunca, que no existieran aquellas mujeres conquistadas y aquellos desafíos con que selló su bravura de Don Juan.

La sonrisa de una mujer inocente, de una ingenua todo corazón, cuyo cuerpo no parecía ser más que el envoltorio frágil de un alma luminosa y magnífica, había obrado aquel milagro en la vida del joven libertino, avezado al amor libre y sin freno.

Aquella noche, durante la fiesta, el joven Lord dijo a la bondadosa Mary, acariciándole el brazo:

—¡Nunca hubiera creído que existiera una criatura tan perfecta como usted!

—Esto es una lisonja... —dijo ella, sonriente.

—Nunca hablé con tanta sinceri-

dad en mi vida. Ha hecho usted cambiar mi manera de ser... Todo yo soy otro hombre... Usted quizás no pueda entenderme, pero mi alma, mis sentimientos, son distintos de antes...

Ella calló. Sin saber por qué, se sentía aquella noche un poco malhumorada. A pesar de las palabras de ternura y de sinceridad del joven, tenía un extraño desasosiego, como si presintiera el anuncio de algo desagradable.

¡Bah! ¡Qué tontería! Aclaró luego su rostro con una sonrisa y, del brazo de su amigo, salió al jardín, escenario poético iluminado por mil farolillos a la veneciana que retrataban su luz sobre las aguas limpias y claras de un estanque...

Las siluetas de los árboles se recortaban hacia el cielo, agudas y elevadas, como si estuviesen de puntillas para acercarse a lo alto donde el mundo sideral, bordado de estrellas, parecía hacer fiesta mayor.

De las umbrías alamedas llegaban perfumes suaves, mezclados con el cercano del mar que mur-

muraba su eterna y legendaria queja, melancólica y dolorosa...

Se detuvieron en la terraza, conmovidos por la paz de la noche y el eco lejano de los violines que tocaban en el salón.

Él la cogió por una de las manos, la atrajo hacia sí, besó los dedos largos y de tonalidades de rosa...

—¡Oh, chiquilla! Es usted tan bonita... tan buena... y tan encantadora... No hay una mujer como usted...

—Gerald, por Dios, no diga eso...

Temblaban. En los ojos de ambos brillaban mil reflejos de luz, copiándose todos los parpadeos de la multicolor iluminación... Y el mar seguía quejándose con su tristeza de enamorado para hacer oír al amante que nunca llega el grito doloroso de pasión...

Lord Gerald, el antiguo libertino que había sido hasta brutal en el amor, con el imperio dominador de su fuerza, se convertía ahora en un amante romántico de novela.

Y él murmuró débilmente como un suspiro:

—¡Te quiero!

Ella sonrió. La noche, la emoción, el divino instante habían vencido los inexplicables temores de un momento antes... Sintió que los labios de él rozaban sus cabellos con un beso espiritual.

—¡Yo también te quiero a ti! —respondió.

Y con las manos juntas, las almas enlazadas por el amor, se perdieron por las apacibles y aromadas avenidas, sumidas en dulce y halagador silencio...

En la gloria nocturna parecía escucharse un desgranar de perlas poéticas, como aquellas de *Los intereses creados*:

Alma del silencio que yo reveren-

[cio;
tiene tu silencio la inefable voz

de los que murieron amando en si-

[lencio;

de los que callaron muriendo de

[amor.

* * *

Tras el romántico paseo por el jardín volvieron a los salones, donde ya la fiesta comenzaba a decaer.

Mary, un poco fatigada por las emociones del día, quiso retirarse. Y Lord Gerald la acompañó hasta la puerta de su habitación, situada en uno de los corredores del primer piso.

Estaban alegres... con la más bella alegría de la tierra.

—Debemos casarnos pronto—decía él—. Mañana hablaré a tu papá para decirle nuestro propósito.

—No le tienes miedo a mi padre, ¿verdad?

—No... Él comprenderá que nos queremos de veras...

—¡Qué rápidamente se habían borrado de la imaginación de Lord Gerald aquellas teorías contra el matrimonio que antes constituían su lema y su escudo!

Ahora concentraba todos los anhelos de su vida en que un sacerdote bendijera cuanto antes aquella unión. Ya no sentía en el alma entusiasmos de amante, sino de esposo.

Mary sonrió y dijo:

—Entonces, se lo diré esta noche. Estoy segura de que papá dará su consentimiento. ¡Qué más quiere él sino que yo sea muy feliz!

—También yo lo espero.

Le besó las manos. Mary, sonriente, se metió en su habitación y el joven Lord entró en la suya, situada frente por frente a la de su amada...

Empujó la puerta y...

Todo su rostro se transformó en una mueca terrible, de asombro, de sorpresa, de rabia...

Riendo a carcajadas, mirándole estaba una mujer...

¡Natalia!

* * *

La antigua amante de Lord Gerald iba con un traje precioso. Collares, brazaletes y anillos adornaban su cuerpo con luminosa abundancia. Refulgía su cabellera de oro como una joya más.

El joven crispó las manos con indignación y avanzó hacia la mujer que le comprometía con visita tan inoportuna.

—¡Natalia!—rugió.

—No te asustes—contestó ella sonriente, con la tranquilidad de la aventurera avezada a casos semejantes—. He dejado a mi hermano en Londres.

—¿Por qué viniste aquí?

—¿Querías que me quedase tan tranquila cuando me dejaste? Ya sabes que te quiero demasiado para perderte.

—No debías haber venido. Esto

es una imprudencia, una temeridad.

Se sentía nervioso. Si por una casualidad Mary pasaba por el corredor y escuchaba la conversación, ¿qué iba a pensar? Se iba a hundir en un solo momento todo el edificio de su confianza.

Paseó de un lado a otro sin saber qué determinación tomar con aquella mujer enojada ante cuya presencia no sentía él ya ni la más ligera inquietud amorosa.

—¿Qué te pasa, muchacho?—dijo ella—. Veo que has cambiado mucho... Incluso te has quitado el bigote. ¿A qué viene esa transformación y esa nerviosidad de que das muestras? Vamos, eso es que no te prueba tu estancia en Biarritz.

Comprendió Lord Gerald que

era preciso hablar con claridad, romper de una vez aquella situación peligrosa.

—Sí, me pasa algo... ¡Estoy enamorado!...

—¿Otra vez?

Y una nueva carcajada estremeció su magnífico escote.

—¡Es la primera vez en mi vida que estoy enamorado!—replicó él, severamente.

—Pero ¿de veras?

—Tan enamorado que me voy a casar.

Natalia seguía riendo, pero no le hacían mucha gracia las explicaciones de su amigo.

La idea de que Lord Gerald la abandonara le causó daño. Ella, mujer aunque honrada en apariencia, de vida absolutamente pecaminosa, no podría aspirar nunca al honor de ser la legítima esposa del noble.

Sin embargo, ¿no podían conciliarse las dos cosas?... La amante... y la esposa... ¿Por qué no?

Con una absoluta carencia de moral exclamó:

—Eso de que te vayas a casar no es nada grave. Todos se casan

y nadie se ha muerto por eso. No creo, pues, que por ese detalle debamos reñir.

—Natalia. Tú no sabes lo que es querer de verdad, por vez primera... con el alma...

Y, llevado de profundo arrebató, hizo un cálido elogio de Mary, a la que iba a considerar pronto su esposa.

Las cosas habían cambiado... Entre ellos dos ya no podía existir nada más. Era preferible que no se volvieran a ver y que cada uno emprendiese su vida sin preocuparse del otro.

Dejemos concluido el pasado... y separémonos.

A Natalia tampoco le convenía el escándalo, la intervención pública. Que recordase a su hermano, siempre dispuesto a perseguirla y buscando la ocasión de encontrarla "infraganti" para castigar con severidad sus devaneos.

Ella guardaba silencio, muerta de rabia, comprendiendo que había perdido la partida.

Lo que decía aquel hombre era verdad... Natalia no podía dar un espectáculo de celos o de furor sin

riesgo de hundirse irremisiblemente.

Pero... lo que parecía imposible era que Lord Gerald se hubiera enamorado como un chiquillo...

—Te creí más fuerte... Me he llevado chasco... Pensaba que eran sinceras tus palabras de libertad... y al final veo que eres un hombre vulgar... como tantos otros, uncidos al carro matrimonial.

—Confieso mi derrota, Natalia. Pero en ella he encontrado lo que nunca encontré en mis aventuras galantes: una inefable paz del corazón.

—Pero, ¿cómo estás? ¡Qué manera de hablar! Con tu bigote se ha alejado tu personalidad.

—Como tú quieras... Me he decidido a acabar para siempre con mis tiempos de jolgorio.

—¿Y sabe esa inocente de la que te has enamorado... todas tus fechorías amorosas?

Esta pregunta puso unas arrugas en la frente de Lord Gerald.

Nunca se había preocupado de

contarle su pasado. ¿Qué diría ella cuando se enterase de aquellos días sin moral y sin dignidad?

—No, no lo sabe—murmuró—, pero se lo voy a decir.

—¿Todo?

—¡Sí!

—Pues, si no tienes necesidad, hazme el favor de no nombrarme a mí...

Y reía, mostrando su hermosa y perfecta dentadura que unos labios dominadores y carnales encuadraban...

¡Bah! Se resignaba, si no había remedio, a aquella pérdida. Los hombres son todos unos necios, y lo interesante es buscar la menor cantidad de necedad.

Que se fuese enhoramala con aquella ingenua que le había hecho caso. A Natalia no le faltarían adoradores para suplir con ventaja al desleal.

Y se contemplaba en un pequeño espejo, diciéndose que mientras conservase su brujía belleza tendría la tierra a sus pies...

* * *

Entretanto Mary había hecho a su padre una tierna confesión.

La escuchaba el señor Hammond en silencio, con el gesto apagado y los ojos sumidos en una luz de tristeza.

Y ella, con el arrebató y la pasión del primer amor en un corazón de veinte años, describía con bellos colores los tiernos episodios de aquel cariño honrado.

—Quiero casarme con él, papá... Es un buen muchacho... Le quiero con todo mi corazón.

—Tenía miedo de que fuera así —respondió tristemente el padre—. Ya lo sospechaba...

—¿Es que te disgusta? ¿No quieres?

—¿Qué más querría yo que tu felicidad, niña mía? Estoy velando por ella. Lee...

Y puso en sus manos una carta que la joven, roja de emoción, se apresuró a leer.

Decía:

INFORMES COMERCIALES

Señor John Hammond
Palace Hotel
Biarritz

Nos informan que Lord Gerald Brinsley ha llevado una vida licenciosa. Su nombre ha jugado en dos divorcios, y ha provocado escándalos galantes en Deauville, Brighton, Ostende y Montecarlo. Se desafió en París por una actriz, y en Londres ha tenido varios dueños... Se le considera un conquistador temible.

Unas lágrimas asomaron a los

ojos de la hermosa al conocer la triste revelación.

Sin embargo, ella amaba a Lord Gerald, y le amaba en el día de hoy, no en aquel pasado que no le había interesado nunca.

Dispuesta a defender su cariño ante los ojos de su padre, exclamó mintiendo:

—Ya lo sabía... Él me lo dijo todo...

—¿Y todavía le quieres?—preguntó, asombrado.

Con voz muy débil murmuró:

—¡Sí!

Le amaba, en efecto... Estaba convencida de que si aquel pasado era verdad, no era más que eso... pasado... Los ojos de Lord Gerald, sus palabras tiernas y bondadosas, la emoción de su semblante, no podían mentir.

—Pero esto es heroico. Te ha

mentido amor como a tantas mujeres que pasaron por su vida...

—¡No, no!.. Yo acepto que fué. Sé que tuvo una conducta desastrosa; pero ahora... ahora sólo me quiere a mí....

Y estas palabras la hicieron sonreír con un orgullo de mujer que se cree la primera en el amor.

—Sin embargo...

—Papá... le quiero... Esta es mi única confesión... Yo haré lo que tú me mandes, pero si no me autorizas para casarme con él ya no me verás sonreír...

—¡Mary, muñeca mía!... No digo mi última palabra. Nos informaremos mejor... Si él hubiese cambiado...

Y abrazaba a aquella hija por la que quería la suprema ventura de la tierra.

Natalia y Lord Gerald seguían discutiendo. Ella, aunque asegurando que no iba a molestarle más, seguía quejándose de su conducta, de su abandono.

Y él defendía su punto de vista con tenacidad de enamorado.

—Bueno, Natalia, te agradece-
ré que marches a tu habitación...

—¿Me echas? Tu novia debe estar en el mismo hotel, ¿no es cierto? No temas, chico, no te comprometeré.

Se disponía a marchar cuando llamaron insistentemente a la puerta. Eran golpes recios, violentos, como sones de guerra.

—¡Abra la puerta o la hago pedazos!—gritó una voz varonil.

—¡Mi hermano!—exclamó Natalia palideciendo.

—Pero... ¡me vais a volver loco!—rugió Lord Gerald, desesperado—. ¡Qué compromiso!

—¡Ocúltame! Si me encontrase aquí sería capaz de matarme.

—¡Oh, Dios!

Enturecido, abrió la puerta inmediata de su alcoba e hizo ocultar a la joven. Revistiéndose de serenidad franqueó la entrada al visitante, que no era otro que Jorge, el hermano de Natalia.

Este hombre, con aspecto rudo y enérgico, acabó de abrir la puerta de par en par y lanzó rápidas ojeadas buscando a la libertina hermanita.

—¿Dónde está Natalia?—gritó.

Lord Gerald, sonriente, contestó:

—¿La ha perdido usted otra vez?

—No. Ahora sé de cierto que está aquí.

—¿Quiere hacer el majadero como allá en Londres? Parece mentira que tenga usted esta cabeza.

—Esta vez he visto el libro del hotel y sé que ella está aquí.

—Esto sólo prueba que no tiene nada que esconder.

—¡Usted no la conoce como yo!

—¡Le digo a usted que se equivoca!

Mary había salido de su habitación y desde el corredor vió por la puerta abierta la estancia donde Lord Gerald y el hermano de Natalia discutían.

Escuchó una parte del diálogo y, asustada, comprendiendo que iba a descubrir nuevas cosas relacionadas con la vida del joven, se ocultó detrás de unos cortinajes colocados junto a la puerta y aguardó con profunda atención.

Ella escuchaba, temblorosa...

¡Oh! ¿Era que las aventuras de Lord Gerald, en vez de pertene-

cer al pasado, tenían una prolongación?

—Pues yo le digo que mi hermana le siguió a usted desde Londres—gritaba Jorge—, y que ella está aquí.

—¡Basta!—respondió Lord Gerald con acritud—. No puedo consentir que hable usted con tanta desconsideración de una mujer como su hermana Natalia.

—Ella ha subido a verle a usted...

—¡No es cierto! Y o se marcha usted inmediatamente, o llamo al gerente del hotel.

—Sin embargo...

Jorge comenzaba a sentirse desarmado ante la rotunda negativa de Lord Gerald. Pero que Natalia estaba en el hotel no cabía duda, pues el propio Jorge había leído su nombre en el registro de viajeros.

—Debe usted admitir... que todo esto parece muy raro—exclamó.

—No admito nada, sino que soy ajeno por completo a cuanto se refiere a Natalia.

Los ojos de Jorge brillaron de

repente... Avanzó hacia una mesa y se apoderó de un bolso de reluciente seda...

Lord Gerald se estremeció. ¡Maldito olvido! Al entrar, Natalia lo había dejado allí.

—¡Este bolso pertenece a mi hermana!—exclamó con una sonrisa triunfal—. ¡Ah! ¡Ya decía yo que no me equivocaba!

Mary, en su escondite, sintió que las lágrimas le bañaban el rostro. Entreabrió ligeramente la cortina y vió el bolso femenino...

¡Ah, qué infamia! ¡Su novio, el hombre adorado en quien ella creía con devoción ciega, recibía visitas de mujeres en su propio cuarto!...

—¡Dios mío!... ¡Dios mío!...

Lord Gerald quiso hacer frente a las circunstancias, y negó.

—Deje usted esto...—ordenó a Jorge.

—¡No! ¡Es de Natalia!

—¡Necio! ¿Se cree usted que no hay más que un bolso de estos en el mundo?

—Ya me ha engañado usted bastante.

Y Jorge, avanzando hacia la

puerta cerrada tras de la cual Natalia temblaba, quiso abrirla.

—¡Atrás!—rugió Lord Gerald.

—¿Adónde da esa puerta?

—A mi alcoba... y no me gusta tener idiotas en ella...

—¡Ah, perro! ¡Voy a castigarte!

Sus manos empuñaron un revólver...

Aquello acabaría en tragedia.

El hermano ofendido deseaba dar fin a su constante ansia de venganza.

Y entonces, Mary...

En su alma juvenil y limpia se alzó la voz del sacrificio. Era preciso salvar a Lord Gerald de aquel hombre y salvar también la reputación de aquella hermana desconocida que Mary estaba segura se hallaba oculta allí.

No vaciló. Tal vez si lo hubiera pensado mucho habría vuelto atrás en su determinación.

Pero deseosa de que se acabase aquella escena dramática que podía traer para todos fatales consecuencias, salió rápidamente y sin ser vista de su escondite y entró,

como si llegara del corredor, en la habitación.

Sonriente, con una divina gentileza, avanzó hacia los dos hombres y, señalando el bolso que tenía Jorge, dijo:

—¡Ah, mi bolso!... Me olvidé de recogerlo hace un instante...

Los dos hombres la contemplaron en silencio. Jorge, tembloroso, le dió el monedero a tiempo que sus labios se abrían con una sonrisa de satisfacción, de alivio... Y Lord Gerald, sin comprender aún

realmente todo el valor de aquel acto generoso, contemplaba con ojos admirados a la adorada novia que venía de modo providencial.

—Presento a usted mis excusas—dijo Jorge, saludando a Lord Gerald.

Y haciendo una profunda reverencia a la damita, se alejó de allí, turbado de alegría, pero al propio tiempo invadido por ansias inexplicables y por confusiones abrumadoras.

* * *

Los novios se quedaron silenciosos, sin atreverse a turbar la dolorosa escena.

En los ojos de Mary brillaba el desencanto, la tristeza, el dolor... En los de él, el estupor de aquel acto magnífico.

Ella, sin decirle una palabra, le devolvió el bolso acusador.

—¡Mary!—exclamó Lord Gerald dispuesto a defender lo que adivinaba estaba en peligro.

—¡No me digas nada! ¡Adiós!

—No te vayas así... Debo explicarte...

—¿Para qué?

—No es lo que te figuras, Mary...

—Pues esto debe ser de alguien—contestó con voz serena y señalando el bolso.

Avanzó hacia la puerta, pero él la detuvo y le suplicó con emoción:

—¡No te vayas aún, Mary!... Déjame que te diga... ¡Te estoy tan agradecido!... Ese hombre que se acaba de marchar es un maniático, ¿sabes?... Tiene la preocupación de que yo persigo a su hermana... No es verdad... Y mira, tú con tu presencia me has salvado de un compromiso abrumador...

—Pero, ¿y el bolso?

Y sus ojos parecieron mirarle con menor severidad.

—Verás... el bolso... yo... quería regalártelo...

—Lleno de dinero... y de apuntes, ¿no?—dijo tristemente.

—No... no... debo decirte...

Se encontraba en un callejón sin

salida. Las pruebas le acusaban. Pero Mary sólo quería saber una cosa.

—Dime solamente que no hay nadie en ese cuarto.

Él guardó silencio.

—¿No contestas? Entonces, ¿te acusas?

—Pero si te lo iba a decir...

—Habla.

—¡No... no puedo!—respondió bajando los ojos.

Ella sonrió tristemente ante aquella tácita confesión.

—¡Qué desilusión me he llevado contigo, Gerald!... ¡Ah, tu pasado!... Mira los informes que ha recibido mi padre de ti... Y a pesar de todo, te iba a perdonar lo que hiciste antes de conocerme... Ahora ya no es posible.

Gerald leyó por lo alto aquella carta que retrataba su existencia aventurera.

—Desgraciadamente todo esto es cierto, Mary... Pero hay en mí un propósito firmísimo de enmienda...

—Ya se ve... Esta noche hemos tenido la prueba...

—Ha sido una desgracia, Mary... Déjame que te cuente...

—¿Para qué? No te creería. Empiezo a convencerme de que mi padre tenía razón. ¡Eres incorregible!

En aquel instante abrióse la puerta de la alcoba y apareció Natalia. Midió de pies a cabeza a la inocente criatura y luego se apoderó del bolso con un gesto de odio.

Gerald la contempló anonadado. La tierna niña la miró con inmenso dolor, sobrecogida al propio tiempo por la magnética belleza de la aventurera.

—Una explicación, señorita—dijo Natalia—. Gerald no tiene la culpa... Yo he entrado aquí contra su voluntad, sin querer marcharme a pesar de sus indicaciones... Desde que la conoce a usted, ha cambiado por completo... Señorita: nunca me interpondré en su camino. Me prestó usted hace poco, sacrificándose por mí, un servicio inapreciable. No lo olvidaré... Y nunca más volveré a importunarte, Gerald.

Hablaba dolorida, como si aquella carne de belleza y de mal se iluminara de pronto con el resplandor de la bondad.

La acción de aquella pobre muchacha había llegado a su alma, haciéndole comprender que no tenía derecho a romper los lazos que el verdadero amor unía.

—Perdóname, Gerald... Siento mucho lo ocurrido...

Y se fué alejando, sin volverse ya, encorvada y afligida. Su alma se estremecía por primera vez con la violencia del dolor.

Volvieron a quedar solos los dos jóvenes...

Lord Gerald quiso besar las manos de su novia, musitando un perdón nacido del fondo de su alma.

—¡No... no!... ¡Déjame, Gerald!... No podría oírte...

Y salió también para recluirse en su cuarto y dar rienda suelta al raudal de lágrimas que la ahogaba.

¡No... no!... ¡Nunca más!...

Y el puño de Lord Gerald se alzó amenazando al maldito destino que acababa de jugarle tal partida.

¿Es que perdería para siempre lo que había sido la verdadera vida, la luz de su libertad, el camino perfumado y seguro que le apartaba de la senda del abismo donde tantas veces naufragó su juventud?...

¿No volvería a ver a Mary?

Este temor le enloqueció y, rendido, comenzó a derramar unas lágrimas silenciosas, pero ardientes como el fuego.

Al día siguiente Lord Gerald, ya más tranquilo, procuró ver a Mary para explicarle su proceder, para presentarle pruebas de su inocencia.

Antes quiso enterarse de si Natalia estaba aún en el hotel.

Le informaron que había partido en dirección a París, y que también Jorge había salido hacia la capital francesa, siguiendo aquella persecución infructuosa.

Natalia se había marchado con el firme propósito de no volver a importunar a Gerald. Este asunto estaba ya liquidado.

Contento por la ausencia de la aventurera, el joven Lord quiso reparar el daño de la noche última.

Buscó a Mary en la playa, en

el Casino, en los campos de tenis y de golf, en la pista de equitación.

Pero no la halló en ningún sitio y tampoco vió al señor Hammond, al que deseaba explicar su conducta.

Creyó encontrarlos en el comedor, pero la mesita que ellos siempre ocupaban permanecía vacía.

Indagó y le dijeron que comían en su habitación. Seguramente lo ocurrido horas antes traería consecuencias.

Aquella tarde, Lord Gerald fué a la sala de juego con un deseo y una confianza ya un poco lejanos de encontrar a Mary o a su padre, y tampoco estaban allí.

Era, pues, irremediable la situación.

A pesar de sus explicaciones, a pesar de lo confesado por Natalia, en el ánimo de Mary había germinado la duda... Y la duda en un corazón ingenuo es como una espina mortal.

Tendría que resignarse a perder a la criatura que había sido la única luz blanca, pura y amable que brilló en su corazón deslumbrado por las rojas hogueras del pecado.

Encontró a unos conocidos, quienes al ver su rostro desencajado y triste le preguntaron si había perdido en el juego.

—¡No... nada de esto!... Nunca probé de hacerlo.

—¿Quiere venir a jugar con nosotros?

—¡No!

¿Para qué? Aunque ganara, su alma estaba suficientemente abatida para no alegrarse con la nueva sensación.

Además, aquellos salones, como aquella playa, como aquel hotel, le recordaban el amor perdido.

Al atardecer refugióse en el hotel.

Llovía.

El mar estaba encrespado y mu-

chas veces los cristales de la terraza recibían el chorro violento de la espuma.

La naturaleza, triste y gris, armonizaba perfectamente con su alma; la sincronización era perfecta.

Habló con su amigo Hubert, del que había permanecido bastante apartado los últimos días.

El pescador de caña no parecía muy contento de Biarritz, donde lo más importante que había pescado era un catarro.

Le comunicó Hubert su deseo de abandonar cuanto antes la ciudad.

—¡Quédate tú si quieres haciéndole el oso a tu norteamericana! Yo me vuelvo a mi Bretaña fecunda.

—¡Voy contigo!

—¡Bravo! Pero, ¿y tus amores?

—Han pasado a la historia. ¿No sabes? Natalia estuvo ayer aquí... y Mary lo sabe todo.

Y explicó a su compañero los detalles de aquella lamentable aventura.

—¡Horrible... horrible!—exclamó Hubert—. Cada vez estoy más

contento de no hacer caso a las mujeres.

—Hasta que caigas y te cases.

—Por ahora no.

—Ya vendrá tu día, no te asustes.

Sus labios sonrieron con melancolía, pensando que también para él había llegado el día, pero lo dejó escapar.

—¡Bien, Hubert!... Saldremos para París y Bretaña esta misma noche. Te ruego que prepares tus cosas. Yo voy a arreglar mi equipaje.

—¡Encantado, querido! A eso se llama resolver bien los asuntos.

Marcharon al hotel.

Cenaron frugalmente después de preparar sus maletas.

Pero una gran pena invadía al Lord.

Por un momento deseó volver a ver a Mary, hablarla por última vez, y quiso ir a su cuarto.

Pero pronto rechazó este pensamiento. Tal vez ella no quisiera recibirle.

Era mejor escribir unas líneas de despedida.

Así lo hizo y entregó la carta a un "groom" con el encargo de que cuando ellos estuviesen fuera la entregara a la propia Mary.

Y partió en automóvil con su amigo Hubert hacia la estación.

* * *

¡Ah, si Lord Gerald hubiera sabido!

Mary y su padre marchaban en el mismo tren, también en dirección a París.

Habían partido del hotel media hora antes que los dos amigos.

La joven, deseosa de olvidar aquel doloroso episodio sentimental de su vida, rogó a su padre que saliesen cuanto antes de Biarritz.

Comprendía que Lord Gerald era indigno de ella; pero tenía miedo de volver a verle, porque tal vez no habría resistido a sus súplicas.

Sí; era preciso regresar a Norte América para olvidar. Y el señor Hammond, que ignoraba realmente los verdaderos motivos que te-

nía su hija para ausentarse, los atribuía a los informes recibidos.

¡Pobre muchacha! ¡Y en un hombre así puso ella los ojos!

Arreciaba la lluvia cuando padre e hija llegaron a la estación. Se aposentaron en un departamento reservado de primera clase. El bulldog iba encerrado en una caja agujereada por unos pequeños respiraderos.

Tuvieron que aguardar largo rato a que saliera el convoy. El padre entretenía sus ocios leyendo los periódicos; ella tomaba bombones de una cajita...

Pero su semblante era triste, desolado, y sus ojos parecían hinchados de tanto llorar.

Arrancó de pronto el tren... Y

en aquel mismo momento un "groom" del hotel Palace, que acababa de llegar a la estación, se encaramó a la portezuela y entregó a la señorita Mary una carta que tenía que entregar en propia mano.

—¡Debe ser de él!—dijo Hammond, moviendo la cabeza con gesto de disgusto.

—¡Sí!...

Y Mary, emocionada, leyó los renglones de una letra nerviosa:

Mary:

Después de lo sucedido me doy cuenta de que no tengo derecho a quererte.

Aunque puede ser que no te vea más en mi vida, quisiera que algún día te acordases de mí y me perdonases.

Adiós, Mary. Tú fuiste la única mujer que llegó a mi alma.

Gerald.

La lluvia azotaba cruelmente los cristales...

Mary enseñó la carta a su padre, quien movió la cabeza con melancolía.

—¡Olvidale! ¡Es lo mejor!

—¡Sí!...

Rápidamente tuvo que limpiarse una lágrima traidora y el señor Hammond suspiró.

¡Ah, cuán enamorada estaba su hija! ¡Cuánto trabajo costaría arrancarle aquel desengaño!

A veces una tristeza así rompe para siempre una vida... Ya no existe la ilusión, y el alma juvenil muere, sin aliento para nada, de un modo resignado y maquinal.

El viaje era monótono.

Devoraban kilómetros mientras se escuchaba caer la tromba de agua por el techo del vagón y contra los cristales como si fuera a quebrarlos.

Mary se cambió de traje.

A medida que se alejaban de Biarritz, hacia el norte de Francia, el alma de Mary iba sintiéndose más dolorida.

¡Ay, aquella demanda de perdón!

Ahora reconstituía mentalmente la escena de la última noche y recordaba las palabras de Natalia cuando decía que Gerald había cambiado mucho, que no era el

mismo de antes desde que conociera a Mary.

¡Quién sabe! Acaso había sido ella demasiado cruel e implacable con el joven.

¡Si Gerald se hubiese presentado en su cuarto, en vez de escribirle con aquella despedida tierna y desesperante!... Pero... ahora... ya no había nada que hacer. Todo había sido un ensueño, un poco de humo, nada...

Seguramente que Gerald la olvidaría pronto... Se entregaría a su existencia de siempre, libando de un lado a otro, de flor en flor, sin dejar huella alguna de sentimiento... Y ella, en cambio, sin menos motivos de distracción, tendría por largo tiempo, acaso para siempre, aquel sufrimiento en el alma. Las mujeres tardan más que los hombres en olvidar.

De pronto...

Un caballero pasó por el corredor y se detuvo sorprendido ante el departamento donde estaban los norteamericanos.

—¡Oh, señores!—exclamó con una gran alegría.

Era Hubert, el compañero de Lord Gerald.

Mary tuvo una viva impresión al encontrarle y le saludó cordialmente mientras el señor Hammond lo hacía con cierta frialdad.

—¡Me extraña el verles aquí!—dijo Hubert tomando tranquilamente asiento al lado del señor Hammond.

—Biarritz y sus cosas nos aburrían...—respondió el yanqui.

—Se fueron ustedes de repente... sin despedirse de nadie.

—¡Un negocio importante!

—Mi amigo Gerald también se quiso ir en seguida. Está conmigo en otro departamento.

Aquellas ingenuas palabras llevaron al alma de Mary una emoción sin límites.

El señor Hammond se limitó a arquear las cejas con gesto de mal humor. Nada quería saber de aquel hombre.

Pero Mary había cerrado los ojos y se sentía toda ella bañada de una dulzura interior.

La idea de que Gerald estaba allí cerca, tal vez a pocos pasos de

ella, le causaba una sensación deliciosa.

Sentía tentaciones de verle, de hablar de nuevo con él, de oír acaso de sus labios aquella palabra de perdón que había trazado su pluma.

Pero... no... no... ¿Es que no recordaba su vida, sus traiciones?

Evocó durante algunos minutos todos los recuerdos de aquel amor imposible.

¿Iría? ¿No iría?

Mientras tanto, el señor Hammond se resignaba a escuchar las palabras de Hubert, empeñado en hablarle de pesca.

"Bozo", el bulldog que estaba encerrado en la caja, logró abrir ésta y saltó de su escondite.

Como si olfateara algún rastro conocido, el animal salió del departamento...

Mary sonrió y, levantándose, dijo:

—¡Demonio de "Bozo"! ¡Se me ha escapado!

Apartando de sí los amargos pensamientos y con el temor de que el perro fuera visto por el re-

visor, la joven se dirigió a buscarlo.

El bulldog corría por el alfombrado pasillo y entró en uno de los departamentos.

Mary movió la cabeza... ¡Importuno can!

Y avanzó a su vez hacia allí. Pero se detuvo emocionada, llena de dulce inquietud, al ver, sentado en el coche y con la mirada vaga y distraída, al propio Lord Gerald Brinsley.

Su primer impulso fué retroceder, volverse de puntillas; pero el sentimiento del cariño que ella no había perdido a pesar de todo fué más fuerte que el rencor de antes.

—¡Gerald, amor mío!—murmuró en voz tan apagada que el joven no oyó de ella más que un ligero suspiro.

Volvió rápidamente la cabeza y se levantó, sacudido por la impresión.

—¡Mary... Mary!

—¡Gerald! ¡Qué coincidencia!..

—Perdóname, Mary, amiguita de mi alma, mi buena novia.

Le besaba las manos con ardo-

rosa dulzura y esta vez ella ya no las retiraba.

De pronto él pareció volver a la dolorosa realidad y exclamó:

—Pero, Mary. ¿Cómo estás aquí? ¿Sabías que?...

—La casualidad ha hecho que te vuelva a ver. Cuando subí con mi padre al tren no podía saber que ibas tú también a París.

—¡Oh, Mary!... Ya que el destino ha querido que tuviéramos esa entrevista, deseo que me oigas... para que luego me absuelvas o me condenes. Serás como mi confesor. Abriré y vaciaré toda mi alma en la tuya... porque, Mary, si a una mujer amé con pureza, esa mujer eres tú...

—¡Gerald!

Ahora lloraba...

Y él fué contándole con arrepentimiento sincero toda su vida ruin, de moderno tenorio, hasta llegar al último y desgraciado episodio de Natalia.

—¡Y Mary... yo te juro por mi propia vida... que sólo a ti te amo!... Y que si tú me correspon-des nunca volveré a mi mala vida... Me esforzaré en borrar hasta su recuerdo.

Mary, la ingenua, la del corazón primaveral, herido por una sombra de desilusión, volvió a creer...

Y sus labios pronunciaron la palabra divina:

—¡Te perdono!

El señor Hammond tuvo que resignarse. Con cierta reserva mental se vió obligado a acceder a aquella reconciliación. Sonreía tan bellamente el rostro de Mary, que esto acabó por desarmarle... y

dar con menos disgusto su consentimiento.

Llegados a París, el amigo Hubert tuvo que volverse solo a sus faenas de caza.

Y sus amigos se dirigieron a

Londres, donde el joven Lord arregló varios asuntos de intereses y partió con su novia y su futuro suegro hacia Nueva York.

Un mes después se celebró la boda, cuya esplendidez fué memorable en la historia de la ciudad.

Ha pasado el tiempo...

Los propósitos de Lord Gerald se han cumplido... Ahora es un perfecto caballero y jamás ha vuelto a las andadas.

Se siente locamente enamorado de Mary, cada vez más, cada día más si fuera posible engrandecer lo infinito...

El señor Hammond ha desarraigado su ceño y se ha convencido al fin y al cabo de que un puro amor puede borrar las huellas de muchos amores frívolos y pecaminos-

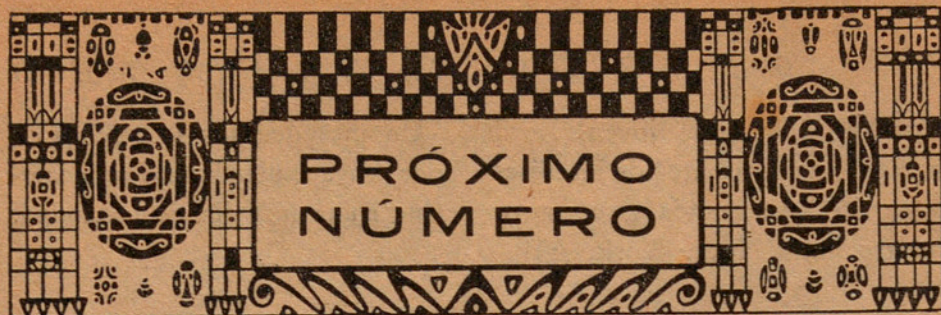
sos, de que una mujer puede destruir la influencia fatal de muchas otras mujeres...

Mary vive en una perpetua alegría... Al amor de esposa se une el amor de madre, pues tiene un hijo, un cuerpecito lindo y rosado al que adora con locura.

Y con admirable felicidad puede decir como la heroína de la comedia:

—¡Alegrémonos de haber nacido!

FIN



La emocionante novela rusa

¡Nostalgia!

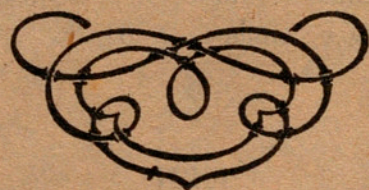
por

Mady Christians

EXCLUSIVA SELECTA

de

CINEMATOGRAFICA ALMIRA



Portada a todo color · 16 magníficas ilustraciones en papel couché

E
N
P
R
E
P
A
R
A
C
I
Ó
N

La ruta de Singapore

por **Ramón Novarro**
y **Joan Crawford**

Renacer

de la U. F. A.

Mr. Wu

por **Lon Chaney**
y **Renée Adorée**

Numerosas ilustraciones
fotográficas
Artísticas portadas



¡Siempre lo mejor entre lo mejor!

COLECCION USTED

los lujosos libros de las ediciones especiales de
La Novela Semanal Cinematográfica

NÚMEROS PUBLICADOS:

La Viuda Alegre, por Mae Murray, John Gilbert y Roy d'Arcy.—El Gran Desfile, por John Gilbert y Renée Adorée.—Miguel Strogoff o El Correo del Zar, por Ivan Mosjoukine, Nathalie Kovanko y Tina Meller.—La princesa que supo amar, por Huguette Duflos y Charles de Roche.—El coche número 13, versión moderna de la célebre novela de Xavier de Montepin. Creación de la genial artista Lily Damita.—Sin familia, por Leslie Shaw.—Mare Nostrum, por Alice Terry y Antonio Moreno.—Nantás, el hombre que se vendió, por Lucienne Legrand y Donatien. Cobra, por Rodolfo Valentino.—El fin de Montecarlo, por Francesca Bertini y Jean Angelo.—Vida bohemia, por Lillian Gish y John Gilbert.—Zazá, por Gloria Swanson.—¡Adiós, juventud!, por Carmen Boni.—El judío errante, por Gabriel Gabrio.—La mujer desnuda, por Louise Lagrange, Ivan Petrovich, Nita Naldi, etc.—Casanova, por Ivan Mosjoukine.—Hotel Imperial, por Pola Negri.—La tía Ramona, por Luisa Fernanda Sala.—Don Juan, el burlador de Sevilla, por John Barrymore.—Noche Nupcial, por Lily Damita.—El Séptimo Cielo, por Janet Gaynor y Charles Farrell.—Beau Geste, por Ronald Colman.—Los Vencedores del Fuego, por Charles Ray y May Mac Avoy.—La Mariposa de Oro, por Lily Damita.—Ben-Hur, por Ramón Novarro.—El Demonio y la Carne, por Greta Garbo, John Gilbert y Lars Hanson.—La Castellana del Líbano, por Arlette Marchal e Ivan Petrovich.—La Tierra de todos, por Antonio Moreno y Greta Garbo.—Trípoli, por Esther Ralston y Charles Farrell.—El Rey de Reyes. La ciudad castigada.—Sangre y Arena, por Rodolfo Valentino.—Aguilas triunfantes, por Phyllis Haver y Rod La Rocque.—El Sargento Malacara, por Lon Chaney.—El Capitán Sorrell, por H. B. Warner.—El Jardín del Edén, por Corinne Griffith.—La Princesa mártir, por Lucienne Legrand.—Ramona, por Dolores del Río.—Dos Amantes, por Vilma Banky y Ronald Colman.—El Príncipe estudiante.—Ana Karenina.—El destino de la Carne.—La mujer divina.—Alas.—Cuatro hijos.—El carnaval de Venecia, El ángel de la calle, La última cita, El enemigo, Amantes, Moulin Rouge, La Bailarina de la Opera, Ben-Ali, Los Cuatro Diablos, ¡Ríe, payaso, ríe!, Volga, Volga y La Sinfonía Patética

que han constituido otros tantos éxitos para esta Colección, la cual será considerada la Biblioteca más amena, selecta e interesante.

¡No se deje V. sorprender por imitaciones!

Las mejores novelas de cine, las más acreditadas, las que merecen la aprobación unánime, son:

**La Novela Semanal
Cinematográfica**

**La Novela
Metro-Goldwyn**

**La Novela Paramount
La Novela Fox**

y

**Los Grandes Films
de La Novela Semanal
Cinematográfica**

Publicadas por EDICIONES BISTAGNE

EXCLUSIVA DE VENTA PARA ESPAÑA

Sociedad General Española de Librería,
Diarios, Revistas y Publicaciones, S. A.

Barcelona: Barbará, 16. — Madrid: Ferraz, 21.

EB

Precio: 1'50 ptas.